

HORIA SIMA

¿Qué

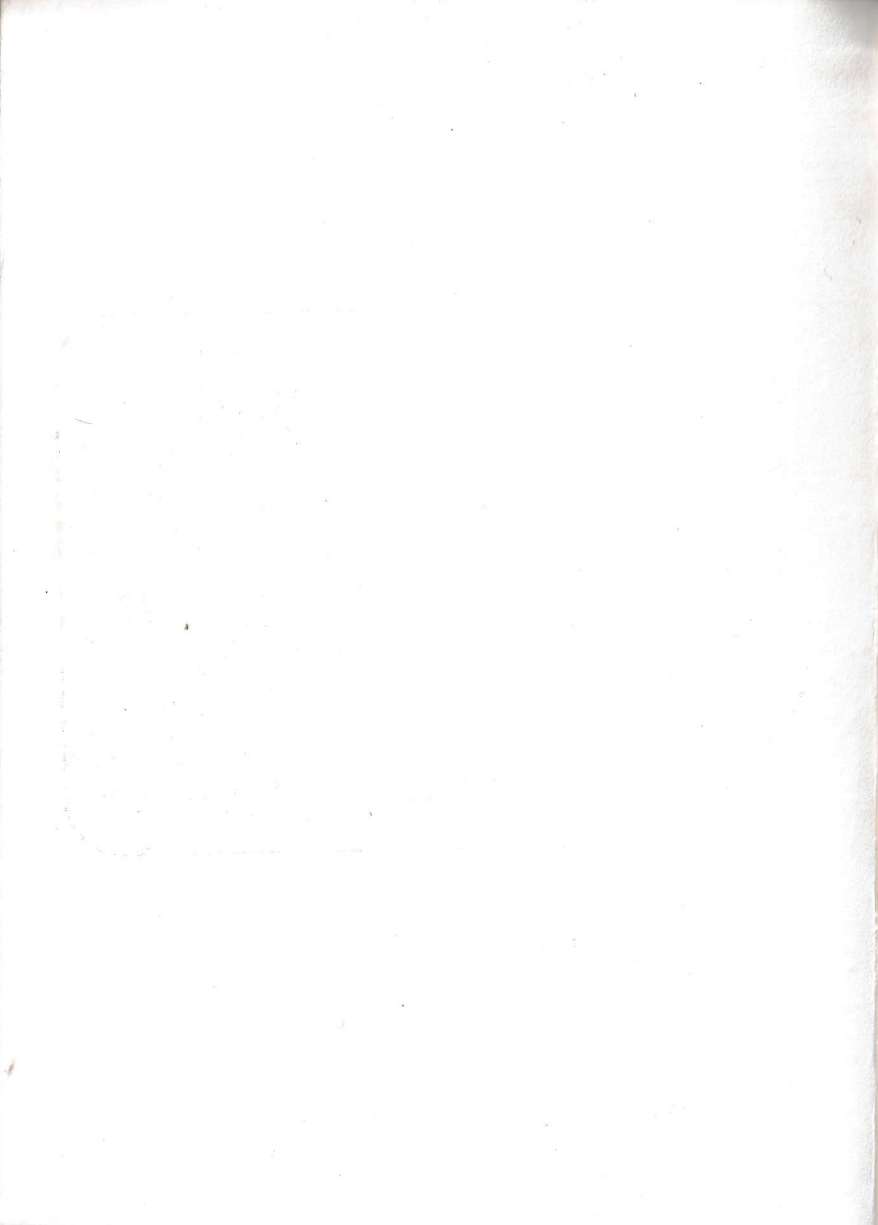
es

el

nacionalismo?

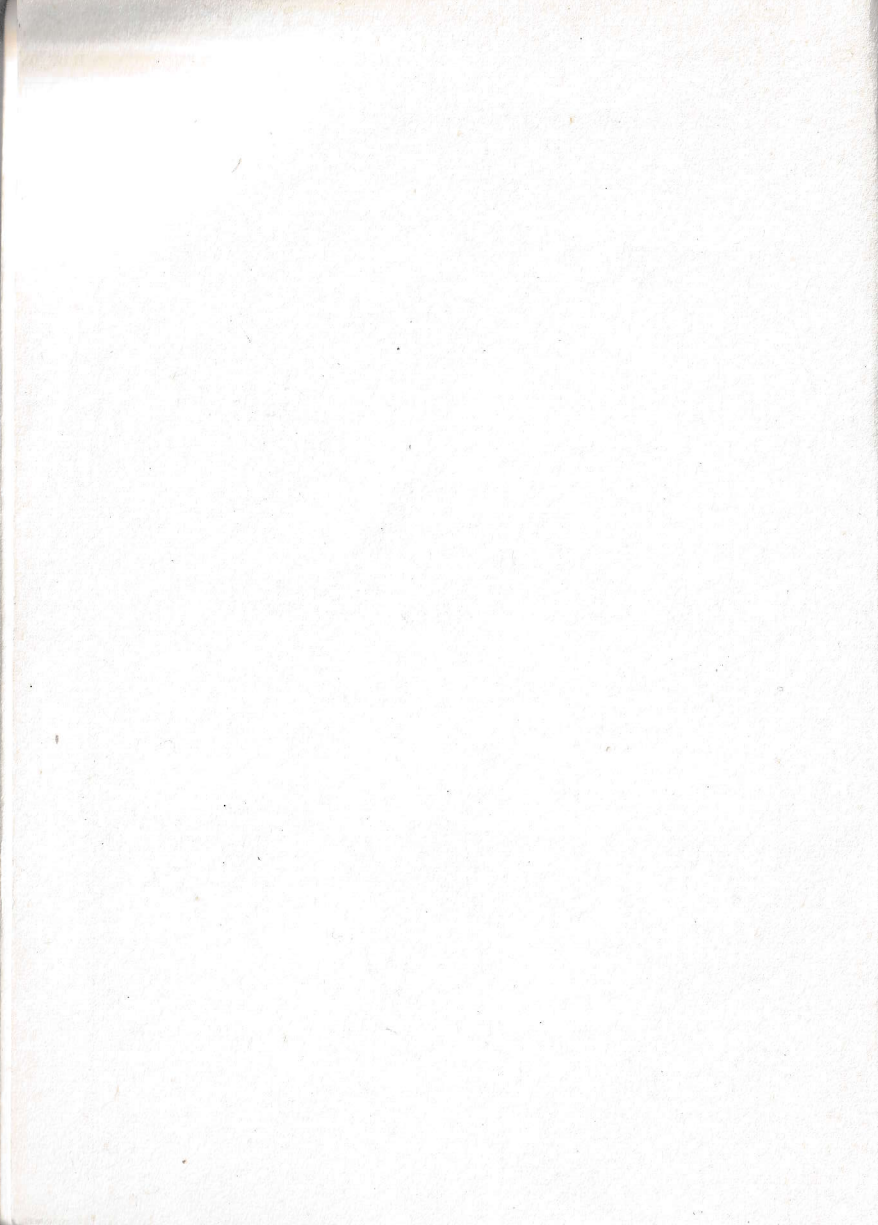
2.ª EDICION

Fuerza Nueva Editorial



AMANE CER
DE
ESPAÑA





¿QUE ES EL NACIONALISMO?

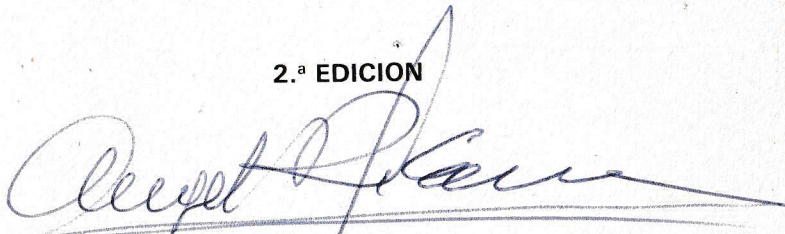
02103554 12

HORIA SIMA

TEMA

¿QUE ES EL NACIONALISMO?

2.^a EDICION



Alejandro (LORDS) 3-51-1986

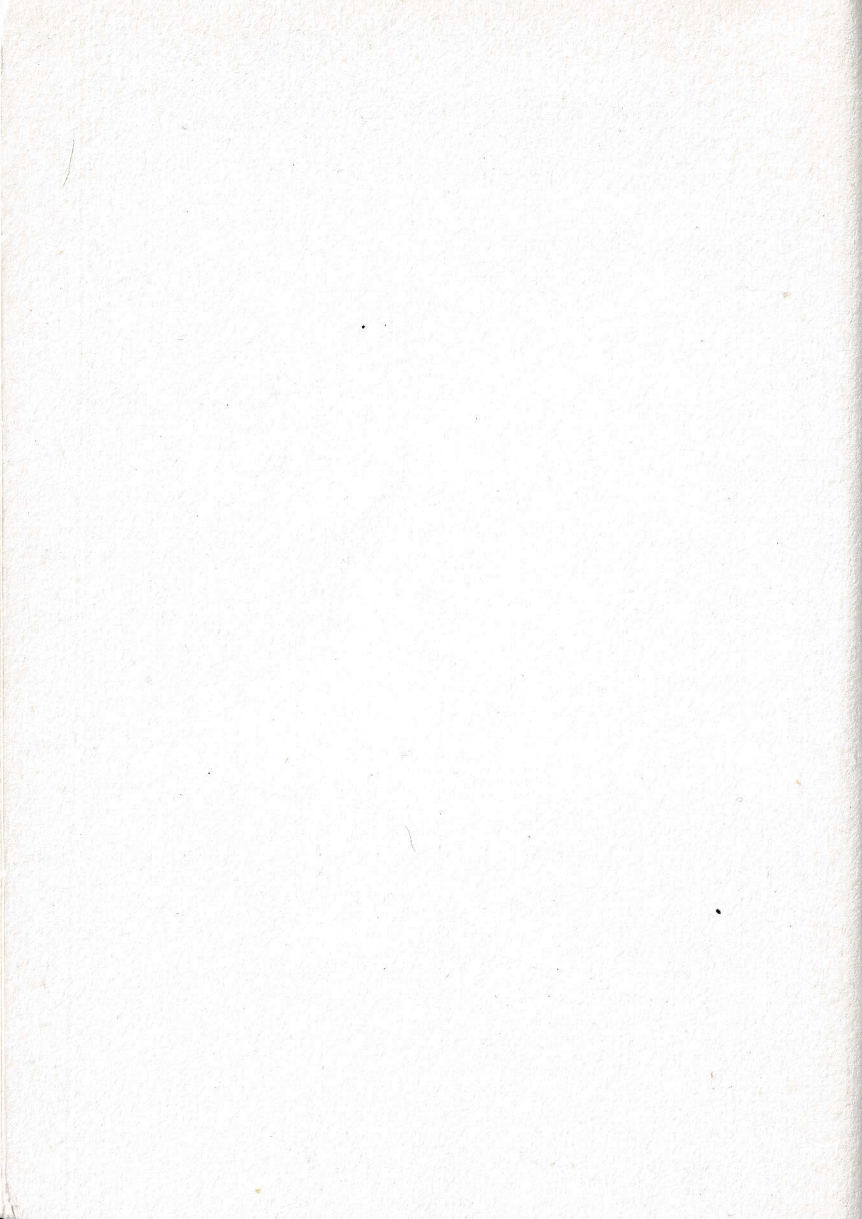


EX LIBRIS

MADRID
1 9 8 0

I. S. B. N. 84-7378-009-4
Depósito Legal: M. 27.527-1980
Rivadeneyra, S. A.
Cuesta de San Vicente, 28
Madrid-8

A los combatientes de todos los pueblos por la libertad nacional y por la independencia.



NOTA PRELIMINAR

Este tercer libro que aparece en Editorial Fuerza Nueva ha surgido de la misma inquietud que ha dado a la luz a los otros dos: ¿Qué es el comunismo? y El hombre cristiano y la acción política.

He estado siempre preocupado por el desorden ideológico que reina en el mundo actual, y que tiene graves consecuencias en el dominio de la acción política. Los hombres han perdido el sentido de la vida heroica, de la tensión histórica, el afán de las grandes empresas creadoras. Con mis trabajos quisiera contribuir a disipar la niebla intelectual que se ha cernido sobre la mayor parte de nuestra civilización y es la causa principal de la amenaza comunista.

Este libro tiene como tema central la Nación y su derivación, el Nacionalismo, problemas de gran actualidad en este momento de debate culminante entre el comunismo y el mundo libre. El lector tiene ahora a su disposición una trilogía de textos que se complementan y que le ayudarán a formarse un concepto claro sobre los acontecimientos contemporáneos.

Pido a Dios que la Cristiandad se despierte antes de que no sea demasiado tarde para escapar al peligro mortal que le acecha y para devolver a los pueblos la confianza en el futuro y la alegría de vivir en un mundo iluminado por la fuerza del Espíritu.

Madrid, octubre 1975.

EL AUTOR

I. FASCISMO Y NACIONALISMO

1. *Los vocablos en la lucha política*

En un opúsculo publicado en 1945, *El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio*, el ilustre pensador falangista José Luis de Arrese habla en su primer capítulo de la importancia de los vocablos en la lucha política. Las minorías intelectuales formulan las ideologías, dirigen el proceso de orientación de una nación que se halla en crisis, pero para que un movimiento político pueda tener resonancia en las masas populares se les exige mucho más que una sólida base doctrinaria. Las multitudes no comprenden el complicado lenguaje de las ideas. El discurso, con su delicada estructura de argumentos, no es accesible para su mentalidad simple y concreta, desacostumbrada por la especulación pura. A las masas populares se les debe facilitar la doctrina en forma concentrada. Para lograr éxito en el seno del pueblo el pensamiento político tiene que ser trasplantado en expresiones fáciles de asimilar y, al mismo tiempo, dotadas de una gran fuerza sugestiva.

La terminología política elemental cumple con una función esencial en el desarrollo de un mo-

vimiento. Existe también una balística de las ideas. De la fuerza inicial que poseen sus proyectiles ideológicos depende su lanzamiento en el mundo. La creación de estos vocablos requiere una intuición particular, la cual la poseen solamente los grandes jefes políticos. Como dice Arrese, «los fundadores de movimientos, además de otras cualidades, son al mismo tiempo también forjadores de vocablos, que condensan en sí todo su pensamiento político».

Entre las masas y la clase dirigente no existen rupturas o separaciones espirituales; la unidad de pensamiento y de acción de una nación se halla asegurada por su alma, por la conciencia colectiva, que es la misma en un intelectual que en un campesino o en un obrero, y que funciona como una especie de vasos comunicantes entre las diversas capas sociales. Mas para hacer vibrar el «ethos» nacional en la masa de un pueblo hay que dirigirse al mismo mediante otro lenguaje distinto del empleado en las aulas universitarias. Lo que se ha meditado quizá durante años tiene que exponerse a las multitudes en fórmulas breves y dinámicas.

Estos vocablos, cuando se eligen bien, cuando expresan sin equívocos las necesidades y las aspiraciones del pueblo en un momento histórico, producen un efecto fulminante y duradero. A su alrededor se reúnen y se funden todas las energías de una nación. Tenemos que recordar el antiguo grito de lucha de la milicia española: «¡Santiago y cierra España!». ¡Con cuánto ímpetu se lanzaban al ataque los bravos hijos de este pue-

blo cuando oían este grito! Una palabra electrizaba a una masa de hombres, proporcionándoles fuerzas infinitamente mucho más grandes que su valor numérico. José Antonio ha sintetizado mediante una feliz fórmula toda su filosofía: «El hombre, portador de valores eternos.» La mística de esta expresión ha afectado al alma de centenares de miles de hombres, puesto que cada uno está preocupado por la salvación de su alma, que depende de su actitud frente a los valores eternos: Historia, Cultura, Religión.

Los comunistas son maestros en el arte de crear vocablos de enorme fuerza propagandística. Nadie lee *El Capital*, de Karl Marx, u otras obras del mismo autor, o si algunos se atreven a leerlas no las comprenden, e incluso si llegan a entenderlas encuentran que las afirmaciones de Marx se hallan ya superadas por las realidades político-sociales. Lo que se conoce mejor es el *Manifiesto Comunista* de 1848, que fomenta el odio contra la civilización europea y cristiana. Las masas populares no retienen de la propaganda marxista más que algunos «slogans», algunos lemas que excitan su imaginación. Los pobres obreros las repiten como una especie de contagio mental, sin darse cuenta de lo que es en realidad el comunismo: la más feroz tiranía que jamás ha existido sobre la tierra. Estos vocablos son conocidos por todos: la lucha de clases; la explotación del hombre por el hombre; la colectivización de los medios de producción; la religión es el opio del pueblo; «proletarios de todo el mundo, uníos»; la dictadura del proletariado, y algunos más.

Tanto el marxismo como la propaganda de los comunistas en las masas populares no tienen nada que ver con el comunismo real, con el comunismo practicado por los dirigentes comunistas, así como lo he demostrado en mi libro *¿Qué es el comunismo?* Los éxitos del comunismo no se deben a su doctrina, sino a sus redes conspirativas que ha tendido por todo el globo terráqueo. Los comunistas son maestros en el arte de «camuflarse», de esconder su propia identidad, así como he indicado en numerosos ejemplos. Pero su astucia no se para aquí. Los comunistas no solamente inducen a error a las masas populares con las consignas que utilizan, prometiendo el paraíso en la tierra, cuando en realidad resucitan la esclavitud bajo las más odiosas formas, sino que, al mismo tiempo, tienen también la habilidad de sembrar la confusión en el campo ideológico de sus adversarios. Atribuyen a los grupos que ellos combaten intenciones, planes, programas que éstos no han tenido jamás. Los comunistas escogen los vocablos que nosotros empleamos y les dan otra interpretación, otro sentido, totalmente ajeno a nuestro pensamiento político. Después de efectuar esta fraudulenta operación intelectual nos atacan a nosotros, los cristianos; a nosotros, los patriotas; a nosotros, los nacionalistas, tomando como base precisamente sus mistificaciones, sus propias invenciones. Nos identifican con lo que no somos y luego nos atacan en virtud de esta falsa presentación de nuestra ideología política.

Arrese ha escrito el libro que mencionaba antes precisamente con la finalidad de disipar una

burda falsificación del pensamiento de José Antonio. Se trata del Estado totalitario. El vocablo estaba de moda en aquel tiempo, tenía circulación europea, y fue utilizado también por José Antonio de un modo totalmente distinto del sentido que le atribuían sus adversarios. Estos acusaban a José Antonio de querer instaurar en España un Estado omnipotente, un Estado absorbente, un Estado panteísta, que anulase completamente el valor de la persona humana. El contestó a estas campañas indicando que para él el Estado totalitario significaba el Estado abierto a todos los ciudadanos, hombres y mujeres; el Estado integrador de todos los españoles; el Estado no edificado sobre privilegios de clases; el Estado en el que tanto el campesino como el obrero se puedan sentir como en su propia casa; el Estado que hace suyo los intereses de todos. Este concepto acerca del Estado no tiene nada que ver con el auténtico Estado totalitario, que es el Estado comunista, ni con el Estado fascista, que es un Estado totalitario en un grado mucho más inferior que el Estado comunista. José Antonio tenía a su disposición un argumento decisivo para disipar estas acusaciones. «¿Cómo puedo yo perseguir la formación de un Estado omnipotente, absorbente, cuando yo parto para la creación del Estado del individuo portador de valores eternos?» ¿En qué doctrina el individuo goza de tanta consideración como en el falangismo, que hace del individuo la piedra angular de todo su edificio político? La mala fe era evidente...

2. *Fascismo y antifascismo*

Los comunistas cometen estos fraudes intelectuales, en perjuicio de nuestros conceptos, con el fin de provocar confusiones y deserciones en las masas populares e influir incluso en nuestros partidarios para apartarse de nosotros. Es algo así como si durante la noche, y a escondidas, alguien cambia los mojones que delimitan las propiedades agrícolas y por la mañana descubrimos que nuestro terreno se ha reducido de forma incomprensible.

Teniendo en cuenta el mal que nos ocasionan los comunistas a través de sus frecuentes incursiones en el campo de nuestra ideología, también nosotros tenemos que vigilar y defender la pureza de nuestras ideas fundamentales. Es necesario que, de vez en cuando, sea sometido a examen nuestro propio vocabulario, nuestras propias consignas, y nos detengamos especialmente en aquellas que con más frecuencia empleamos en la lucha política y las consideramos como un bien intelectual definitivamente adquirido. Con otras palabras: tenemos que revisar, de vez en cuando, el «tiro de nuestra artillería pesada», rehacer las mediciones, para que los proyectiles ideológicos que disparamos caigan exactamente allí donde tienen que caer, ni más arriba ni más abajo, ni a la derecha ni a la izquierda, sino en el centro neurálgico de la política de un país. Por un lado, nuestras ideas tienen que desenmascarar al enemigo, y por otro lado, atraer como un imán a las

masas populares, convenciéndolas de la justicia y de la razón de nuestra causa.

Un instrumento de propaganda que utilizan los comunistas, con mayor frecuencia y con mayor éxito, en la batalla ideológica contra nosotros es la extensión abusiva del vocablo «fascismo» a realidades políticas diferentes de la que ha representado el régimen instaurado por Mussolini en Italia. A este tipo de fascismo, dilatado y generalizado sin ninguna motivación objetiva, ellos, los puros, los inmaculados, «los verdaderos defensores del pueblo», oponen su «antifascismo». En cualquier lugar donde los comunistas tropiezan con una resistencia fuerte a sus planes de dominación mundial aplican indistintamente la etiqueta de «fascismo» o «fascista», sin interesarse qué clase de hombres hay en la trinchera de delante y qué fuente doctrinaria inspira su resistencia. Ellos introducen en la categoría del fascismo a toda agrupación política, a todo régimen, a todo sector de opinión pública, a toda personalidad, a toda revista, a cualquier gaceta que se oponga a su dictadura sangrienta, y denuncian el peligro.

El fraude intelectual y propagandístico de los comunistas con el fascismo se ha realizado en dos etapas:

— en primer lugar, han asimilado, entre las dos guerras mundiales, a todos los movimientos nacionales con el fascismo, a pesar de que cada uno de estos movimientos se manifestó con su propia personalidad y entre ellos existen diferencias sustanciales;

— durante y después de la guerra han ensanchado la esfera de aplicación del fascismo, dando este nombre a todas las resistencias, de cualquier naturaleza, que encontraban en su lucha para sojuzgar otros pueblos.

Invirtamos las cosas y empezamos con los últimos ejemplos; por aquellos que se refieren a oposiciones al comunismo totalmente distintas de los movimientos nacionales, para demostrar la perfidia, la mala fe y la falta de escrúpulos de los marxistas.

En la primavera del año 1943 los alemanes descubren en unas fosas comunes de la localidad de Katyn, cerca de Smolensk, los cadáveres de 11.000 oficiales polacos hechos prisioneros por el ejército rojo, y de quienes no se sabía nada después de su captura. La comisión encargada de la investigación, integrada por representantes de todas las naciones que luchaban al lado de las potencias del Eje, llegó a la conclusión de que el asesinato había sido perpetrado por destacamentos de la policía soviética. Ante este macabro descubrimiento, el general Sikorsky, jefe del Gobierno polaco en el exilio, con sede en Londres, pide a los aliados que permitan a una comisión de la Cruz Roja Internacional desplazarse a Katyn, en Rusia, para establecer la verdad. Cuando se enteró Stalin de la petición del Gobierno polaco protestó con la mayor indignación ante los ingleses y los americanos, acusando al general Sikorsky de «fascista» y cómplice de Hitler. Con esta intervención, decía Stalin, Sikorsky quería desacreditar el «buen

nombre» de la Unión Soviética. Evidentemente, la Cruz Roja Internacional jamás llegó al lugar del crimen, a pesar de que el Gobierno alemán estaba dispuesto a conceder toda clase de facilidades para cumplir su misión, y el general Sikorsky murió poco tiempo más tarde en un extraño accidente de avión.

Pero tampoco el Gobierno polaco que se constituyó después de la muerte del general Sikorsky gozó de una mejor acogida en Moscú. Stalin quería a cualquier precio impedir la restauración de una Polonia independiente. Siempre que el Gobierno polaco en el exilio intentaba hacer valer su derecho de ser el único representante legal y legítimo del Estado polaco en los territorios recientemente liberados, era rechazado por Moscú con la justificación de que era «fascista». Arthur Bliss Lane, embajador de los Estados Unidos en Varsovia entre los años 1945-1946, en su conocido libro *He visto Polonia traicionada*, expone todas las argucias y toda la mala fe del Gobierno comunista instaurado por Moscú cuantas veces intentaba intervenir para el respeto de las libertades nacionales del pueblo polaco. Cuando los comunistas polacos no tenían otros argumentos, entonces replicaban siempre con la conocida y absurda acusación de que los jefes de los partidos democráticos son «fascistas» incorregibles. De todos los líderes políticos polacos en el exilio, el más flexible y el más dispuesto a una colaboración con los comunistas era Mikolajezyk, el jefe del partido campesino. Volvió al país, pero, después de asistir impotente a la falsificación de las

elecciones, fue expulsado del Gobierno, y le esperaba la muerte si no hubiese logrado huir al mundo libre.

Molotov consideraba al ejército polaco del general Anders como un ejército integrado por «fascistas», a pesar de que había participado en la ocupación de la Italia fascista y se había cubierto de gloria en la lucha contra los alemanes. Los soldados de este ejército, en su inmensa mayoría, no querían regresar a un país sometido al control de Moscú —un crimen suficientemente grande a los ojos de Molotov para incluirle en la categoría, extendida entonces en todo el mundo, «del fascismo».

Forrestal, el antiguo secretario de Estado norteamericano para la Marina, describe en su *Diario* la atmósfera que reinaba en Washington durante la guerra. Era suficiente por parte de un hombre político llamar la atención a la Administración acerca de las excesivas concesiones hechas por el Gobierno americano a favor de los soviéticos en Europa para exponerse a ser estigmatizado como «fascista». El secretario de Estado, Byrnes, durante la conferencia de Londres del mes de septiembre de 1945, se opuso al reconocimiento de los Gobiernos de Rumania, Hungría y Bulgaria por el motivo que estos Gobiernos no habían sido libremente elegidos, sino impuestos con la fuerza por el ejército soviético de ocupación. En seguida la prensa comunista de Moscú y de todo el mundo empezó a atacarle, acusándole de «fascista». Ni siquiera el Presidente Truman se libró de esta acusación —el mismo Truman que había

prestado tantos servicios a Stalin en la Conferencia de Postdam. Cuando inauguró la política de contención de la expansión comunista en Europa, a través de la ayuda económica a Grecia y Turquía, en marzo de 1947, no raras veces los comunistas hablaron del «fascista» Truman.

En la Rumania ocupada por los soviéticos fue nombrado jefe de Gobierno, en diciembre de 1944, el general Radescu, quien parecía persona grata para Moscú. Este hombre podía ser acusado de todos los pecados políticos, menos de haber sido «fascista». El se había opuesto al régimen militar del mariscal Antonescu, e incluso llegó a ser internado en un campo de concentración, debido a su actitud. Pues bien: cuando el general Radescu no quiso patrocinar el acaparamiento total del poder por parte de los comunistas, y se decidió a sacar las tropas a la calle para restablecer el orden contra las bandas bolcheviques que aterraban a la población, perdió todo su crédito ante Moscú. El rey fue obligado a relevarlo. La principal acusación que se le imputaba al general Radescu por parte de Vychinski, quien dio un ultimátum al rey, fue aquella de haber querido instaurar «el fascismo» en Rumania.

No hace falta hablar del senador McCarthy, quien ha sido víctima de la misma odiosa campaña por haber querido depurar a la Administración norteamericana de las infiltraciones comunistas, y del general Mac Arthur, sobrenombrado el «general fascista», puesto que deseaba llevar la guerra de Corea conforme a las reglas de la guerra, destruyendo el potencial del enemigo, y no a tra-

vés del sistema de los «santuarios», utilizado más tarde en la guerra de Vietnam.

Después de la guerra y hasta nuestros días ha proliferado el vocablo «fascismo» en la campaña de propaganda de los comunistas en tal medida que el que lea la prensa tiene la impresión de que la Humanidad se halla ante el peligro de la resurrección de una poderosa fuerza «fascista», como en los tiempos de Hitler y de Mussolini. En absoluto corresponde esta situación a la verdad. No encontramos «fascismo» más que en el archivo de la Historia. Los comunistas han extendido la aplicación de este vocablo a los más heterogéneos grupos políticos, los cuales no tienen más en común que su anticomunismo. Todas las Juntas militares del mundo que han intervenido en un momento dado en la vida de sus respectivas naciones para salvarlas de la anarquía han sido bautizadas de Juntas «fascistas». Cuando los coroneles se han hecho con el poder en Grecia la prensa internacional ha hablado de un golpe «fascista». Otra Junta militar «fascista» han descubierto los comunistas en Chile, cuando el Ejército expulsó del poder al Gobierno pro comunista de Allende. Pero cuando una Junta militar infiltrada por los comunistas lleva a cabo una operación de signo opuesto y derriba a un régimen de orden, como sucedió en Portugal y en Etiopía, entonces cesa, como por encanto, de ser «fascista», y, por el contrario, es saludada como un «Ejército del Pueblo».

No se libran de esta acusación «fascista» ni los grupos conservadores, los moderados, los demo-

cristianos, los socialdemócratas, cuando rehúsan formar parte de las alianzas de tipo frente popular y se oponen a la implantación de la dictadura comunista.

Incluso los comunistas que intentan emancipar a su patria de la tutela de Moscú, tratando de retornar a un gobierno nacional, caen bajo la acusación de «fascistas», y son eliminados sin piedad, como lo fueron Nagy y Maleter, en Hungría, o Dubcek, en Checoslovaquia.

3. *La verdadera grandeza de Mussolini*

En un artículo sobre el «fascismo», publicado en *Le Figaro* del 6 de octubre de 1974, el escritor Thierry Maulnier se ocupa del extraño destino de este vocablo. ¿A qué se debe el hecho de que «el fascismo» haya desbordado las fronteras del país donde nació y su sentido inicial para ser aplicado a regímenes tan diferentes? En la guerra de los vocablos el fascismo ha dejado muy atrás a su colega, al «nacionalsocialismo», a pesar de que este último ha representado para las democracias y para el comunismo un peligro mucho más grande que aquél. En la batalla de la terminología se ha impuesto «el fascismo», convirtiéndose en la denominación capital de acusación empleada por los comunistas contra sus adversarios, sin distinción alguna de origen y de concepto. Maulnier plantea el problema, pero no lo resuelve satisfactoriamente. Cree que debido a la comodidad propagandística se ha generalizado el fascismo porque esta fórmula hizo su aparición antes que el

nazismo, lo que no nos parece exacto; no sobre la base cronológica, sobre una prioridad en el tiempo, se ha impuesto el fascismo en la propaganda del enemigo, sino debido a otras razones mucho más importantes. No sin fundamento los comunistas han descargado toda su furia contra el fascismo y continúan actualmente su persecución como si tuvieran miedo también de su nostálgica evocación. No por comodidad propagandística, sino por una causa objetiva, «el fascismo» domina en el vocabulario comunista cuando atacan a sus oponentes.

Toda la estrategia comunista de la conquista del mundo se basa sobre la idea de la lucha de clases. Para conquistar el mundo previamente hay que conquistar a los pueblos que integran la Humanidad. La lucha de clases sirve como una especie de palanca para hacer volar por el aire a las naciones. El problema obrero —dicen los comunistas— no puede ser resuelto dentro de la nación. Es un asunto universal. En la lucha para la realización de la justicia social se hallan comprometidas todas las masas proletarias de todas las naciones, más allá de las fronteras existentes. El proletariado no tiene patria. La condición previa para la victoria del proletariado contra las clases explotadoras es la destrucción de estas entidades sociales cerradas, que son las naciones, y que impiden el paso de la Historia a otra fase, donde no existirá más que una sociedad sin clases, dirigida por una organización mundial.

Pues bien: cuando los comunistas se hallaban cerca de su triunfo, al acabar la primera guerra

mundial, cuando sobre la escena de la política mundial no existían más que liberales y comunistas, y cuando la crisis del sistema liberal conducía irremisiblemente a la comunización del mundo, en aquel momento de encrucijada, cuando Europa parecía que iba a caer en sus manos como un fruto maduro, aparece Mussolini, con la tercera alternativa política, que fue el fascismo. ¿Qué decía Mussolini? Una cosa muy sencilla, en apariencia. No es necesario dinamitar las naciones para conseguir la justicia para el obrero. La justicia social se puede lograr en condiciones óptimas, permaneciendo en el marco de la nación. Sin ninguna Internacional, sino solamente por una inteligente utilización de los bienes nacionales podemos satisfacer el hambre de justicia de las clases obreras. Estas cosas también fueron enunciadas por otros pensadores antes de Mussolini. Pero fue el mérito de Mussolini el haber hecho la primera demostración político-práctica de esta teoría, en donde lo nacional puede conciliarse perfectamente con lo social. El ha creado un Estado donde la fórmula para resolver los conflictos sociales a nivel nacional y bajo la autoridad del Estado se ha revelado viable.

Europa desde el año 1918 vivía en plena anarquía y parecía destinada a ser tragada por el vendaval de las agitaciones comunistas. Había disturbios y revoluciones por doquier. De repente el cielo se ilumina y, como un rayo, estalla el fenómeno fascista. Un nuevo ejército político hace su aparición. Entrando en competición con el comunismo, Mussolini dio el ejemplo; fue el precursor

de esta crucial experiencia histórica. Ni liberalismo ni comunismo, sino una economía en la que las contradicciones sociales puedan ser allanadas en interés de todos. Mussolini demostró que el problema obrero puede ser resuelto por medios nacionales, sin necesidad de enajenar la soberanía nacional y sin caer en la órbita del imperialismo comunista. Siguiendo el modelo mussoliniano, otros Estados han resuelto también sus dificultades sociales, y hasta hoy día la experiencia es válida. Mussolini hizo esta formidable demostración política que retrasó el proceso de comunización de Europa por más de dos decenios. Las turbias aguas del año 1918 se retiraron a sus cauces, y los bolcheviques han tenido que contentarse con digerir Rusia, dejando para otra ocasión la empresa de lanzarse contra Europa.

Este concepto ya no es fascismo, sino una experiencia política mucho más importante que el fascismo; es una nueva era que se abrió para la Humanidad atormentada y sufrida por la calamidad social. La solución mussoliniana sigue manteniendo su validez para todos los pueblos que quieren conservar su independencia nacional, y muchos Estados la aplican sin recordarla, por el temor de caer víctima de la campaña de denigración que se lleva contra los «fascistas».

El fascismo ha desaparecido como movimiento y como Estado, pero la fórmula «mussoliniana» de armonizar los intereses sociales bajo la égida del Estado continúa cosechando éxitos. La manera de aplicación de esta fórmula es cuestión interna de cada Estado, pero su esencia no se ha mo-

dificado. Quien quiere salvaguardar la independencia nacional de los tentáculos del bolchevismo no puede refugiarse en el liberalismo, puesto que esta política significa el comprometer inevitablemente a la nación en el camino de la dictadura comunista. Solamente el Estado nacional, con la tutela fraternal de todas sus clases, de todas las profesiones y de todos los intereses, puede integrar a la masa obrera en el Estado, evitando así su caída en las manos de los sin patria y sin Dios.

El fascismo, como proyección en el Estado, es totalmente otra cosa. En el fascismo se incorporan una multitud de elementos, de factores, de los cuales algunos no nos gustan. El fascismo es un fenómeno específicamente italiano, con su perfil característico e inimitable. Pero esta genial visión del problema social por parte de Mussolini representa un concepto infinitamente más importante que su creación política. Fue el primero que demostró que se puede salir del callejón sin salida social, residuo de los Gobiernos liberales, sin recurrir a la solución comunista y sin entregar el país al bolchevismo. Este tercer camino, que no es fascismo, que es algo que supera el fascismo, permanece abierto a todos los pueblos que desean salvar su independencia nacional. La justicia social, grita Mussolini desde su tumba, es compatible con la nación, y no es preciso recurrir a la solución sin retorno del marxismo, donde no vamos a encontrar más que la esclavitud y la muerte.

Ahora se puede mejor comprender este odio mortal de los comunistas contra el fascismo. No

porque existiera un peligro fascista, no porque pudiera resucitar el fascismo en el mundo, sino para que los pueblos no elijan el camino indicado por Mussolini, el camino de la cooperación social, de la síntesis social bajo la autoridad del Estado, para fortalecerse y defenderse de experiencias desastrosas.

4. *Los movimientos nacionales no son fascismos*

Volvamos ahora a los movimientos nacionalistas que han irrumpido en la Historia, entre las dos grandes guerras, para ver qué relaciones tienen con el fascismo. ¿Pueden ser declarados en bloque «fascistas», como venimos oyendo desde hace cincuenta años por boca de los comunistas y de sus «sucursales» en el Occidente, o representa cada uno de ellos una creación específica de sus respectivos pueblos e independiente del fenómeno italiano? ¿Son estos movimientos simples imitaciones del fascismo o se han impuesto en la política europea mediante una personalidad propia, claramente definida, la cual no se presta a ninguna confusión?

Desde el primer momento tenemos que excluir de la categoría del fascismo a los movimientos nacionalistas franceses. Estos movimientos no han tenido la necesidad de buscar fuera de sus fronteras ideas o impulsos para su propio lanzamiento, puesto que disponían en su patria de una larga tradición nacionalista. Francia no es sólo la patria

de la Revolución que lleva su nombre, sino también la patria del nacionalismo. En la Francia de la fórmula trinitaria, «Libertad, Igualdad, Fraternidad» se ha producido asimismo la reacción contra el individualismo y el liberalismo. Esta ruptura del concepto cosmopolita de la Revolución francesa data de los finales del siglo XIX, es decir, con treinta años de antelación a la aparición del fascismo. El nacionalismo, como doctrina universal, se inicia con Edouard Drumont, Maurice Barrès y continúa con Paul Bourget, Charles Maurras y León Daudet. Las tesis fundamentales del nacionalismo han sido definidas por este grupo de pensadores franceses en los últimos diez años del pasado siglo. Incluso la interpretación del vocablo «nacionalismo», así como lo comprendemos nosotros hoy en día, se debe a la escuela francesa. La agrupación Action Française apareció en 1899, alcanzando el punto culminante entre los años 1932-1933. De esta agrupación, como de una matriz, se han desprendido luego las demás formaciones nacionalistas francesas, de una gran variedad. Podríamos hacer la afirmación a la inversa de que el fascismo italiano debe algo al nacionalismo francés. Corradini, el fundador del nacionalismo italiano y el precursor ideológico de Mussolini, inició su actividad después del año 1902, fecha en que el pensamiento nacionalista francés estaba formulado y conocido en Europa entera.

Tratemos ahora el tema del nacionalsocialismo. Por muy grande que fuera nuestro esfuerzo, es imposible sostener que el nacionalsocialismo es

un derivado del fascismo. Ni cronológicamente ni desde el punto de vista doctrinario. Los dos movimientos fueron creados en el mismo tiempo. Hitler sacó de la oscuridad al partido en el que había ingresado en 1919, en el mismo año que Mussolini fundaba los primeros «Fascios de Combate». En cuanto a la doctrina se refiere, las distancias son considerables, tanto de origen, de fuentes de inspiración, así como de orientación general. Hitler definió consecuentemente sus tesis políticas en función de la idea de raza, lo que no encontramos en el fascismo.

Tampoco el «Movimiento Legionario» de Rumania es tributario del fascismo, a pesar de que se puede frecuentemente oír que ha sido un anexo del régimen de Italia y, después del año 1933, de Hitler. Es verdad que el «Movimiento Legionario», cronológicamente, hubiese podido sufrir la influencia del fascismo, porque nació en 1927. Pero considerando que el fundador de la Legión, Cornelio Codreanu, inició su lucha contra el comunismo en el año 1919, ya desde los pupitres de la Universidad, y que esta temprana fase de su actividad política no difiere para nada de su orientación de más tarde, pudiendo denominarla incluso como prelegionarismo, entonces resulta que él no solamente no puede ser anexionado al fascismo, sino que tenemos que situarlo en la galería de los precursores del nacionalismo europeo. De hecho, Hitler, Mussolini, Cornelio Codreanu, pertenecen a una misma generación política, a pesar de que existe una gran diferencia de edad entre el último y los dos primeros. Mussolini y Hitler

habían hecho la guerra, mientras que Cornelio Codreanu pertenecía a la generación posbélica. Los tres se han desarrollado independientemente uno de otro, sin tener en común otra cosa que el dique que hayan levantado con sus pechos contra la amenaza comunista.

La doctrina legionaria tiene características inconfundibles, que la separa claramente tanto del fascismo como del nacional-socialismo. El conocido doctrinario italiano Julio Evola, fallecido en 1974, estuvo en Bucarest cuando vivió el capitán Cornelio Codreanu. Celebró una entrevista con él, abordando precisamente este tema. Para explicar lo que distingue el legionarismo del fascismo y del nacional-socialismo, Cornelio Codreanu utilizó la siguiente comparación:

— El Fascismo es como un traje que lleva un hombre. Pone el acento sobre el Estado, sobre la forma exterior de la nación.

— El Nacional-Socialismo aparta a un lado el traje y descubre el cuerpo del individuo, con su estructura racial.

— El Legionarismo realiza una penetración aún más profunda, alcanzando el alma del individuo. Todos los problemas de la nación los enfoca a través de la perspectiva interior del hombre.

Creo que esta explicación de Codreanu es acertada también para el movimiento falangista.

Tampoco a la Falange Española se le puede atribuir préstamos doctrinarios desde fuera. La cuestión ha sido clarificada por el mismo funda-

dor de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, y, después de él, a través de decenas de artículos y escritos, por los más ilustres representantes de este Movimiento. La aparición de la Falange ha sido acogida con una lluvia de calumnias, de la misma especie que tuvo que soportar también el Movimiento Legionario: «Movimiento fascista»; «una copia del fascismo italiano». José Antonio ha desenmascarado en repetidas ocasiones a estos calumniadores, entre los que no faltaban los así denominados partidos de derecha. En el Discurso de Proclamación de Falange de las J. O. N. S. del 4 de marzo de 1934 decía con amargura:

«Todos saben que mienten cuando dicen de nosotros que somos una copia del fascismo italiano.»

Explicando por qué rechazó la invitación de participar en el Congreso de Montreux de diciembre de 1934, convocado por el Comité de Acción para la Universalidad de Roma, entre otras cosas, dijo:

«Por otra parte, Falange Española de las J. O. N. S. no es un movimiento fascista; tiene con el fascismo algunas coincidencias en cuanto a puntos esenciales de valor universal; pero va perfilándose cada día con caracteres peculiares y está seguro de encontrar, precisamente por este camino, sus posibilidades más fecundas...»

La influencia del fascismo en Bélgica no tuvo relieve. El polo de atracción del pensamiento nacionalista belga ha sido Charles Maurras. En cuanto al más importante movimiento nacionalista de Bélgica, el Rexismo, tendremos la sorpresa de comprobar que no ha tenido ningún punto de contacto con el Fascismo. León Degrelle se formó en

la escuela del tradicionalismo católico. Siendo estudiante, ingresó en la Action Catholique de la Jeunesse Belge y se destacó como uno de los más entusiastas activistas de esta organización religiosa. Incluso el apellido de su movimiento, de Rex, el Movimiento Rexista, procede de los medios católicos, donde recibió su educación. La consigna de propaganda de la Juventud Belga Católica era «Christus Rex». En 1935 se separa de esta organización y pone las bases de su propio movimiento, conservando el nombre de Rex. En las elecciones de 1936 consiguió un gran éxito electoral, sin recurrir a ningún programa fascista y sin agitar a las masas electorales con ideas procedentes de la orilla del Tibro.

He aquí cómo se falsifica la Historia, atribuyendo a un movimiento de clara ascendencia nacional-católica un origen fascista.

Cuando fue derrocado el régimen salazarista en Portugal, en abril de 1974, Moscú y todos los partidos comunistas del mundo han saludado el acontecimiento como «una nueva derrota del fascismo» en el mundo. «Se ha derrumbado un régimen fascista», hemos podido leer en la gran prensa internacional, controlada por la conspiración comunista. ¿Qué hay de verdad en este grito de alegría de los comunistas y de sus aliados en Occidente, los liberales de izquierda?

No se puede establecer ningún parentesco ideológico entre el régimen fundado por Salazar y el Fascismo. En Portugal existió una vieja tradición nacionalista anterior a este régimen y anterior al fascismo. Las primeras manifestaciones del na-

cionalismo portugués datan del comienzo del siglo xx, como nos informa Ploncard d'Assac en su excelente obra *Las doctrinas del nacionalismo*. Los pioneros del nacionalismo lusitano sufrieron una cierta influencia solamente por parte de la escuela nacionalista francesa. En Portugal se había formado una generación de pensadores nacionalistas de la más seria preparación antes de la aparición del fascismo. Ellos estaban tan orgullosos de su originalidad y de la profundidad de sus ideas que pretendían incluso que Portugal fuese llamada por la Providencia para servir como modelo de organización para Europa entera. Antonio Sardinhas, uno de los más intrépidos investigadores del nacionalismo portugués, expresó la misma idea poco antes de la marcha sobre Roma:

«En razón de la extrema disgregación a la que ha llegado el Estado, quizá le será reservado a Portugal el destino glorioso de inaugurar el Nuevo Orden en Europa; si debe ser así —y yo creo que así será— habremos recobrado nuestra vocación apostólica de pueblo conquistador y explorador, levantando contra el huracán maximalista del Oriente el maximalismo cristiano del mundo occidental.»

Salazar pertenecía a la misma generación. No le hacía falta recurrir a préstamos ideológicos extranjeros cuando disponía del capital de pensamiento de la vieja escuela nacionalista portuguesa. Según precisa Ploncard d'Assac, Salazar jamás se dejó atraer por la fórmula de gobierno fascista o nacional-socialista, a pesar de que configuró el nuevo Estado portugués en la época de ascensión

de las grandes revoluciones nacionales. Ha rechazado toda estructura totalitaria. La autoridad, decía él, tiene que ser limitada por la libertad individual, por los derechos de la familia y por el libre desarrollo de las instituciones religiosas. Incluso el historiador alemán contemporáneo Nolte, quien comete el mismo monumental error de asimilar al fascismo a todos los movimientos nacionalistas de Europa, admite que el régimen de Salazar constituyó una excepción y no puede ser considerado como un Estado fascista.

En la historia del nacionalismo magiar, después de la primera guerra mundial, se distinguen con claridad dos fases: una que se desarrolla al mismo tiempo con la ascensión de Hitler en Alemania, cuando se siente la influencia de sus éxitos en la política de Hungría: se constituyen agrupaciones con el mismo nombre y los mismos ideales que el nacional-socialismo alemán. Pero estas organizaciones no llegan a la madurez. No se pueden consolidar y no perduran. Se llevan a cabo gran número de experiencias y combinaciones nacionalistas y todas naufragan, hasta que hace su aparición el hombre providencial que comprende que no se puede edificar un movimiento nacional con los principios que pertenecen a otros pueblos. Desde el primer momento, Ferenc Szálasy, el fundador del movimiento nacionalista magiar, ha subrayado que su programa es distinto al del nacional-socialismo alemán. Su concepto de gobernar se basa en una política cristiana, nacional y popular. Era admirador de Cornelio Codreanu, y cuando supo su asesinato interrumpió un mitin en el

que hablaba y pidió a los asistentes que guardasen un minuto de silencio.

Mientras que todas las demás agrupaciones nacionalistas de aquel país han sido tragadas por la Historia, solamente el movimiento de Szálasy sobrevivió al cataclismo de la segunda guerra mundial. Sus partidarios, diseminados por todo el mundo, le guardan hasta ahora una fidelidad inquebrantable y un verdadero culto.

Nuestra sorpresa será mucho mayor aún cuando descubramos que movimientos de independencia nacional que no pertenecen ni siquiera al área del nacionalismo, así como lo entendemos nosotros hoy día, han sido pasados en las filas del fascismo. En la Europa oriental hay una serie de pueblos que hasta la fecha no se han podido emancipar políticamente, no se han podido organizar en Estados nacionales, a causa de las ingratas circunstancias históricas. Tenemos a los ucranianos en Rusia, a los croatas en Yugoslavia y a los eslovacos en Checoslovaquia. Estos pueblos han sido incorporados en unas entidades estatales ajenas a sus aspiraciones, sea por la fuerza, sea a consecuencia de unos tratados injustos. Estos pueblos continúan ahora luchando todavía para que se les reconozcan también a ellos el derecho de decidir por sí mismos de su suerte, según el famoso Principio de las Nacionalidades.

El vocablo del Nacionalismo tiene dos acepciones distintas, una más antigua y otra más reciente. Hasta finales del siglo XIX por Nacionalismo se entendía el movimiento de emancipación de los pueblos europeos que se encontraban todavía so-

metidos a unas potencias extranjeras. La constitución de los Estados nacionales de Grecia, Italia, Rumania, Bulgaria y Servia ha sido la obra de los nacionalistas de estos países. Sólo con la escuela francesa el vocablo cambia de significado, adquiriendo el sentido que conocemos ahora. El nacionalismo no se refiere ya al territorio o a la liberación política de los pueblos, a su constitución en Estados soberanos, a su unidad territorial, sino a la esencia de estos Estados, a su contenido vivo, a la nación. En Francia nació una ciencia del Nacionalismo que investigó y estableció las leyes y los principios que gobiernan la vida de los pueblos y cuyo desconocimiento lleva a su decadencia y a su desaparición. Este tipo de nacionalismo no es aplicable a los pueblos que no han alcanzado todavía el estado de independencia política. Una nación subyugada tiene que luchar, en primer lugar, para forjar su propio Estado, para ganar el rango de pueblo soberano. Solamente después del cumplimiento del ideal de la unidad nacional se plantea la cuestión de cómo debe administrarse mejor su patrimonio geográfico, biológico, cultural, etc., para representar algo en el mundo.

En Croacia, después de la primera guerra mundial, se constituyó el movimiento Ustasa, bajo el mando de Ante Pavelic; en Eslovaquia surgió la Guardia Hlinka, denominada así según el nombre del sacerdote Hlinka, que la había fundado, y en Ucrania, el Movimiento Nacionalista de Bandera. Pero estos movimientos solamente como organización y eficacia en la lucha representan algo nue-

vo; en realidad, ellos se han hecho cargo y han continuado unas aspiraciones nacionales mucho más antiguas, heredadas del siglo XIX e incluso antes del mismo. Estos movimientos luchan por el mismo ideal que lucharon también sus antepasados, para el reconocimiento a sus pueblos del derecho de constituirse en Estados nacionales, condición alcanzada ya por los españoles, ingleses y franceses, con siglos de antelación, y por los alemanes, italianos; griegos y los rumanos, solamente en el pasado siglo. He aquí con qué facilidad se falsifica la Historia, transformando una lucha secular de unos pueblos privados de su libertad nacional en una irrupción del fascismo.

Con la misma falta de escrúpulos y libertinaje histórico se han asimilado luego al Fascismo una serie de regímenes dictatoriales aparecidos en Europa después de la primera guerra mundial: el régimen del mariscal Pilsudsky, en Polonia; el régimen del almirante Horthy, en Hungría; el régimen del canciller Dollfuss, en Austria, y el régimen del rey Carol II, en Rumania. El mariscal Pilsudsky instauró en Polonia una dictadura militar, así como han existido muchas en la Historia, sin tener nada en común con el Fascismo. Si analizamos la composición de las demás dictaduras, las de Horthy, de Dollfuss y del rey Carol II, encontraremos cosas todavía más extrañas. No sólo que no se han inspirado en el nacionalismo, sino que han perseguido a los movimientos nacionalistas. Estos regímenes han copiado algo del aspecto exterior del Fascismo, por estar de moda en una Europa que parecía destinada a ser dominada

por las potencias del Eje, y también para ocultar su naturaleza oligárquica y antinacional. Con la ayuda de esta disimulación política han realizado luego operaciones de destrucción de los auténticos movimientos nacionalistas para impedir su ascensión al poder. Dollfuss fue un implacable enemigo del nacional-socialismo. El Movimiento Hungarista de Szálasy fue disuelto bajo el régimen de Horthy, y su jefe, detenido y condenado. En Rumania, la puesta en escena del fascismo costó la sangre de los mejores hijos de nuestra nación. El rey Carol II imitó perfectamente al régimen de Italia y Alemania: partido único, organización de la juventud, uniformes, saludo con el brazo en alto, formaciones paramilitares, servicio social, frente unitario de los obreros, etc. Pero mientras que se introducían estas estructuras de origen fascista se asesinaba a Cornelio Codreanu y a toda la élite legionaria, cayendo víctimas de esta orgía de sangre incluso los supervivientes del equipo que luchó en España. La mascarada fascista de Rumania engañó a los dirigentes de Roma como a los de Berlín. Los representantes del rey Carol II fueron acogidos con todos los honores por parte de los Gobiernos alemán e italiano; se les concedió condecoraciones, siendo tratados como si fueran correligionarios del mismo ideal de renacimiento europeo. Un régimen creado para destruir el nacionalismo llegó a representar «el nuevo orden europeo».

En este estudio nos hemos referido a los grandes movimientos nacionalistas, a aquellas formaciones que han dejado huellas en la Historia, me-

diante la audiencia que han tenido en el pueblo y por la influencia que han ejercido en el Estado, tanto si se hallaban en el poder como en la oposición. Además de estos movimientos de acreditado prestigio han existido, asimismo, en casi todos los países grupos menores que navegaban en la misma corriente nacionalista, que enarbolaban las mismas consignas y lemas patrióticos, pero que han sufrido poderosamente la atracción del fascismo y del nacional-socialismo. El triunfo de las revoluciones nacionales de Italia y de Alemania han determinado a ciertos hombres políticos a trasplantar en su propio país el programa y las formas de organización que han descubierto más allá de las fronteras, estimando que ellas fueron la causa de estos éxitos espectaculares. Ellos imaginaban que era suficiente aplicar en su casa las recetas políticas de Italia o Alemania para obtener un movimiento poderoso que les hubiera llevado luego al poder. Nada más falso. Por esta misma dependencia de los moldes y ejemplos extranjeros estos grupos se han autoanulado. Ellos no han podido alcanzar la madurez, la plenitud, y fueron condenados a vegetar en la periferia de la Historia, hasta que se han extinguido. ¿Quién recuerda hoy en día la Fascia Nacional Rumana, fundada en 1923, ó el partido nacional-socialista de Rumania? Los menciono solamente como simples curiosidades históricas. La nación repudia las imitaciones. Toda acción de copiar unas fórmulas extranjeras constituye una experiencia condenada de antemano al fracaso.

Los adversarios del nacionalismo mezclan in-

tencionadamente a todos los movimientos aparecidos en un país, colocando en el mismo plano la imitación y la auténtica manifestación de una nación para convencer más fácilmente a la opinión pública de su tesis, en el sentido de que no existió otra cosa en Europa, entre las dos grandes guerras, que variantes del fascismo.

5. *El Estado totalitario, creación marxista-leninista*

Ya que sobre base doctrinaria y política no se puede comprobar la filiación de los movimientos nacionalistas con el fascismo, los comunistas y sus cómplices en el Occidente han especulado con otros elementos, de naturaleza secundaria, para justificar su campaña de acusaciones injustas y para conceder aún una mayor envergadura a su propaganda antinacionalista.

En primer lugar, se han referido a la idea del Estado totalitario, como si este Estado fuera un invento de los movimientos nacionalistas, como si la responsabilidad de la existencia de esta forma de Estado en la Historia se debiera exclusivamente a los movimientos nacionalistas. Han ido tan lejos con esta campaña de denigración que se ha afirmado que cada movimiento nacionalista, por el simple hecho de su aparición, origina el totalitarismo. Tanto se ha escrito y se ha hablado acerca del Estado totalitario fascista, nacional-socialista o de otros movimientos que se ha olvidado o se ha reducido al silencio al verdadero

creador del totalitarismo, al que le ha concebido y aplicado primero. El primer país del mundo donde se organizó el poder político en una forma totalitaria ha sido la Rusia comunista, bajo Lenin. El régimen de este país sirvió como modelo tanto para la China de Mao como para los demás Estados comunistas constituidos en la Europa oriental. Hitler y Mussolini, en la medida en que han organizado sus respectivos Estados sobre bases totalitarias, no fueron más que aprendices de Lenin y Stalin. Y entonces nos preguntamos: ¿por qué las grandes democracias occidentales han manifestado tanto odio y tanto deseo de destrucción contra los Estados totalitarios de origen nacionalista y se han mostrado tan blandos y tolerantes con el arquetipo del totalitarismo implantado por primera vez en Rusia y con los grandes responsables de la aparición de esta odiosa forma de gobierno? Es como si se condenase a los más pequeños diablillos y se tuviera en gran estimación al jerifalte de los espíritus malignos, a Belcebú.

Actualmente, el mundo está superficialmente informado sobre lo que significa el Estado totalitario y cómo funciona en los países de dominación comunista. Por eso me permito volver un poco sobre esta cuestión, que ya he tratado. El totalitarismo de tipo comunista no se limita a la colectivización de los medios de producción, a la supresión de la propiedad privada, al ejercicio de una feroz tiranía, basada en el principio del terror ilimitado, sino que comete una acción mucho más grave: atenta contra la persona humana. No sólo han quitado al hombre su casa, su tierra, sus re-

ses, sus herramientas de trabajo, su profesión, sino que le ha expropiado también de su propio trabajo. Le envía a trabajar donde quiere el Estado, en las condiciones que desea el Estado, pagado con un salario establecido arbitrariamente, sin hallarse sometido a ninguna competencia, mucho más inferior al valor de la producción por él realizada. Pero la intervención del Estado va todavía más lejos. No se limita al aspecto puramente económico de la existencia individual. No se respeta ni siquiera la esfera privada del hombre. Su familia sufre una permanente intromisión por parte del Estado. Los padres son obligados a proporcionar a sus hijos una educación inspirada por el partido comunista, a mantenerlos apartados de toda influencia religiosa, y de ningún modo se atreverían a corregir las nociones recibidas en la escuela, si le parece que contravienen a las normas religiosas o morales, ya que se exponen a perder su puesto de trabajo. Tampoco se contenta el comunismo con el control de la familia. Penetra también en la vida íntima del individuo. Espía sus pensamientos, le persigue cualquier desplazamiento y cualquier conversación, y si observa la más leve desviación de la línea del partido le detiene y le condena. En cada familia hay por lo menos un miembro de ésta que está obligado, bajo la más grave amenaza, a realizar la tarea de agente informador, de tal modo que los padres temen a sus propios hijos; el esposo, a su esposa; los hermanos se sospechan entre sí. La población del país es mantenida como en una inmensa prisión, con las fronteras del país herméticamente

cerradas. Tomar contacto con los extranjeros es un delito castigado por la ley. Los turistas y los autóctonos constituyen dos mundos aparte. El individuo no se puede manifestar en ningún sentido, puesto que por doquier tropezará con obstáculos. Todos los caminos se les han cerrado; todas las posibilidades de afirmación personal son prohibidas para él. El totalitarismo comunista tiende a la expropiación de la persona humana.

Este es el totalitarismo en su auténtica acepción, tal como surgió del diabólico cerebro de Marx, Engels, así como fue aplicado en Rusia por Lenin y Stalin y así como existe hasta la fecha en todos los países que han tenido la desgracia de caer bajo la dominación comunista. El individuo, con sus íntimos pensamientos, con su mundo interior, es pura y sencillamente anulado. Es asimilado a un objeto cualquiera y es movido, en el conjunto del Estado, sin voluntad propia. Es un factor de producción, y la única satisfacción que se le permite es el trabajo. No se concede al hombre una mayor consideración que la que se da a los animales.

Ni el Estado nacional-socialista ni el fascista han alcanzado la perfección del Estado totalitario comunista. Son unos pálidos reflejos de este último. El Estado hitleriano poseía, es justo reconocerlo, una policía todopoderosa, y la justicia había sido relegada a un plano secundario, convirtiéndose en un anexo del partido. Pero en su vida particular, en su vida familiar, en su profesión, los hombres eran libres. Podían usar del tiempo de que disponían como mejor les pareciese, y no

debían temer nada mientras no entrasen en conflicto con las leyes vigentes. No existía este espionaje generalizado, extendido sobre toda la población. Eran perseguidos y castigados sin piedad aquellos individuos que eran descubiertos como enemigos del Estado nacional-socialista, pero en su fuero interior cada hombre podía creer lo que deseara. En Alemania, incluso durante la guerra, existía una vida civilizada, y no como en Rusia o en la Rumania de hoy, donde el hombre teme incluso de su propia sombra.

En cuanto a Italia se refiere, el Estado totalitario no ha existido nunca más que en la imaginación de los detractores del fascismo. Mussolini fue el jefe de un régimen de orden y autoridad, y nada más. Su gobierno fue blando, tolerante, humano. No se han producido orgías de sangre ni grandes persecuciones dirigidas contra sus adversarios. La libertad individual era respetada y su limitación se iniciaba solamente cuando se tropezaba con el poder político.

6. *El Movimiento Nacional no es partido único*

El Estado totalitario tiene otro aspecto que debe ser también debatido: el partido único. El Estado es omnipotente en el totalitarismo; manda al individuo, pero existe otra entidad detrás del Estado, la que ordena a su vez al mismo Estado. Esta entidad es el partido único. El Estado se halla convertido en un anexo del partido único. Los miembros de este partido integran los cuadros

dirigentes del Estado y deciden de modo soberano en sus asuntos. Debido a la misma malévola propaganda se atribuyó al fascismo, al nacional-socialismo y a los demás movimientos nacionalistas la creación del «partido único» como instrumento de gobierno en el Estado, cuando, en realidad, el partido único data desde antes de la aparición de las grandes revoluciones nacionales. El partido único fue una invención de Lenin, y todos quienes acusan a Mussolini y a Hitler de la introducción de esta forma de gobierno en Europa no se molestan en investigar la estructura del régimen bolchevique. El partido «único» es el producto del pensamiento marxista, y la primera experiencia con este partido se realizó de firme en Rusia. El partido único constituye la columna vertebral de todos los regímenes comunistas del mundo.

Pero la cuestión es mucho más complicada. Erróneamente se ha hablado de partidos únicos en Italia, en Alemania, en otros países donde han llegado al poder los movimientos nacionalistas —error en que cayeron incluso algunos de los teóricos de nuestro bando—. De este modo, el profesor rumano Mihail Manoilescu, tratando la cuestión del partido único en un trabajo bien conocido, antes de la segunda guerra mundial, sitúa en el mismo plano, como sistema de gobierno, al fascismo, al nacional-socialismo y al comunismo, puesto que estos Estados, por encima de sus diferencias ideológicas, han adoptado la fórmula del «partido único». En realidad, los movimientos nacionales, entre los cuales se sitúan también el fas-

cismo y el nacional-socialismo, no son partidos propiamente dichos, a pesar de llevar algunas veces este nombre. Un partido es una fracción de la nación que entra en competencia con otras fracciones para la conquista del poder. En el caso del comunismo, su partido no pasa de algunos miles de hombres, que acaparan y monopolizan el poder, engañando al pueblo y a otros revolucionarios idealistas; luego se consolidan en el gobierno por el procedimiento del terror ilimitado. Ningún partido comunista se apoya en el consenso unánime de la nación o de su gran mayoría. Los movimientos nacionalistas, por el contrario, tienen estas características y gozan de este privilegio desconocido tanto a los comunistas como a los demás partidos democráticos, que son sostenidos por la confianza de la nación entera o de su inmensa mayoría. Estos movimientos aparecen como manantiales de agua cristalina de la montaña, y luego aumentan cada vez más su caudal, hasta alcanzar las proporciones de un majestuoso río... Se llaman movimientos porque ponen en movimiento a todas las fuerzas de una nación, porque arrastran en la lucha política a la nación entera, con todas sus clases sociales, e incluso si no recurren sistemáticamente a elecciones de tipo democrático, detrás de ellas se agrupa la voluntad de un pueblo entero. Los movimientos nacionales son verdaderas vocaciones colectivas, que movilizan inmensas masas humanas, las cuales sienten instintivamente que se dirigen hacia un destino glorioso. Los partidos políticos son aplas-

tados y desaparecen en este formidable desencadenamiento de las energías de un pueblo.

Cornelio Codreanu, ha dejado una magistral página en la cual explica la diferencia que hay entre los movimientos nacionales, los partidos democráticos y las dictaduras totalitarias:

«Siempre que se habla de un movimiento nacional, sistemáticamente se le imputa que conduce hacia un régimen de dictadura.

»No quiero hacer en este capítulo la crítica de la dictadura, pero quiero hacer notar que los movimientos de Europa, el fascismo, nacionalsocialismo, movimiento legionario, no son dictaduras, de la manera que tampoco son democracias.

»Quienes nos combaten gritando "¡Abajo la dictadura! ¡Luchad contra las dictaduras! ¡Guardaos de la dictadura!", no nos atacan a nosotros. Todo lo más pueden herir a la famosa dictadura del proletariado.

»La dictadura presupone la voluntad de un solo hombre, impuesto con la fuerza a los demás hombres del país. Por consiguiente, dos voluntades: por una parte, la del dictador o de su grupo, y por otra, la del pueblo.

»Cuando esta voluntad es impuesta con violencia y crueldad, entonces la dictadura se convierte en tiranía. Pero cuando una nación de 60 o de 40 millones de almas, con entusiasmo indescriptible y con una mayoría del 98 por 100, aprueba y aplaude debidamente las medidas del jefe, significa que entre la voluntad del jefe y la voluntad del pueblo hay un acuerdo perfecto.

»Mas aún: estas dos voluntades se ajustan tan

perfectamente, que no son ni siquiera dos: es una sola, la de la nación, y el jefe es su expresión.

»Entre la voluntad de la nación y la voluntad del jefe no existe más que una sola relación, la de la expresión.»

.....

«Desde el momento en que el movimiento nacional no tiene el carácter de dictadura, nos preguntamos: ¿Qué es entonces? ¿Es la democracia? No es tampoco democracia, porque el jefe no es elegido por la multitud. La democracia tiene como base el sistema de la elección. Aquí ningún jefe es elegido por medio de votaciones.

»Si no es dictadura y no es tampoco democracia, entonces ¿qué es?

»Es una nueva forma de dirección del Estado, hasta ahora no descubierta. No se qué denominación tomará, pero es una forma nueva. Creo que tiene en su base este estado de ánimo, este estado de elevada conciencia nacional, que después se extiende hasta la periferia del organismo nacional. Es un estado de luz interior que antes se encontraba en las almas como instinto de la raza y que en este momento se refleja en las conciencias creando un estado de unánime iluminación, semejante al que se encuentra en las grandes experiencias religiosas. Este estado se podría llamar justamente un estado de ecumenicidad nacional.

»Un pueblo entero llega a la conciencia de sí mismo, a la conciencia de su destino en el mundo.»

.....

«En este caso, el jefe no es ya un "amo", un "dictador" que hace "lo que quiere", que gobierna como le place; él es la expresión de este estado de espíritu invisible, el símbolo de este estado de conciencia. No hace "lo que quiere" sino "lo que debe". Y está guiado no por los intereses individuales ni por los colectivos, sino por el interés de la nación eterna, interés a cuya conciencia han llegado los pueblos.»

«En el cuadro de estos intereses, y solamente en este cuadro, encuentra su mayor satisfacción normal tanto los intereses personales como los colectivos.»

Por lo tanto se puede ver que los regímenes que emanan de un movimiento nacional no son dictaduras, ni regímenes totalitarios, ni partidos políticos únicos que hayan usurpado el poder y, tampoco se les puede llamar regímenes autoritarios, en el sentido clásico de la palabra, puesto que la autoridad de estos Estados se basa exclusivamente en las fuerzas militares. Los regímenes de estructura nacional extraen su poder de la savia de la nación. La nación forma cuerpo común con el Estado, envolviéndole por todas partes y defendiéndole. Entre el ejército y la nación no existe ni separación ni antagonismo, sino una compenetración y un mutuo apoyo. Son como dos pilares de un mismo edificio. Estos Estados tienen una solidez de hierro y no pueden ser destruidos desde el interior, mientras que la nación vive en este estado de tensión heroica y creadora.

He insistido sobre estos puntos, a los cuales ataca el comunismo cuando incoa el proceso con-

tra los movimientos nacionalistas, para no dejar nada sin aclarar cuando lleguemos a sacar la conclusión final. Después de este debate, resulta con claridad diáfana que los movimientos nacionalistas —los grandes movimientos nacionalistas— no son fascismos y no puede ser explicada su aparición como simples imitaciones del fascismo. Cada uno de ellos representa algo aparte, una creación política independiente, una expresión de las necesidades y de las aspiraciones de la nación en el seno de la cual surgieron.

7. *El nacionalismo salvó a Europa*

Queda aún por aclarar una cuestión histórica, para no dejar al enemigo ninguna posibilidad de esgrimir el vocablo «fascismo» en nuestro perjuicio. Se ha notado que los movimientos nacionalistas han aparecido en Europa en un intervalo de tiempo relativamente corto, después de la Primera Guerra Mundial, y hasta los años 1930 o algo más tarde. Y entonces, los enemigos dicen: ¿no ven que nos hallamos ante la presencia de un fenómeno parecido a aquel de las revoluciones que surgieron en Francia en el siglo XIX y las cuales se propagaron luego a otros países, originando revueltas y agitaciones en Viena, en Berlín, en Italia, en Budapest, en Bucarest, en Polonia y en España? Asimismo los movimientos nacionalistas no son otra cosa que la multiplicación y la diversificación del fascismo victorioso. Estos movimientos se han propagado desde un punto geográfico bien establecido sobre el mapa, desde las orillas del Tiber. ¿No es la marcha sobre Roma respon-

sable de esta inquietud, de esta sacudida que se ha sentido luego en toda Europa?

Nuestra respuesta: evidentemente que la victoria de Mussolini en Italia ha tenido su importancia en el despertar del espíritu nacional de otros pueblos. Ha sido un estímulo y un impulso; una demostración de la posibilidad de salir del desorden liberal, sin caer bajo la dictadura del comunismo. Pero el ejemplo mussoliniano no hubiese sido suficiente para formar una nueva conciencia europea, si no hubiese intervenido otra causa. Los pueblos europeos se encontraban en crisis en aquel entonces, en estado de gran turbulencia, a causa de la amenaza del comunismo, cuando se manifestaron los primeros síntomas nacionalistas. Estos pueblos buscaban febrilmente una nueva orientación política, una nueva bandera de lucha, en torno a la cual se pudieran agrupar para conjurar el inminente peligro. Esta causa externa, este tronar de armas que procedía de Moscú, este acercamiento de las hordas del Este a los santuarios de nuestra civilización, esta provocación marxista, ha constituido el estímulo principal que determinó la aparición de los movimientos nacionalistas. La victoria de Lenin, en Rusia, creó un estado de psicosis revolucionaria en toda Europa... La situación era tan caótica y tan desesperada, en tanto que los pontífices de la Internacional comunista esperaban que, de un solo golpe, podrían convertirse en los amos de nuestro continente. En este momento de «angustia» colectiva, cuando las huestes del Anticristo parecían victoriosas en Europa, se produjo el mi-

lagro. Las naciones contestaron a la ofensiva marxista con la constitución de unas fuerzas para-estatales, de unos ejércitos políticos, de unas organizaciones temerarias, que, al entrar en acción, cerraron el camino al enemigo.

La relación entre causa y efecto, entre las agitaciones comunistas y su réplica, los movimientos nacionalistas, es bien establecida cronológicamente. En Italia, los fascios han sido organizados por Mussolini en 1919, por la necesidad de combatir las tropas de asalto socialistas-comunistas, que ya no encontraban resistencia alguna por parte de las fuerzas constituidas del Estado. Sin el terror que cundió en el seno de la población de Baviera, debido a la corta experiencia con la República Soviética de Munich, en abril de 1919, es poco probable que se hubiese podido levantar Hitler. Ni Cornelio Codreanu se hubiese lanzado en la lucha a la edad de veinte años, si no hubiera irrumpido en la Universidad los gorros rojos de los estudiantes comunistas. El falangismo se afirmó en España, cuando la República se deslizaba vertiginosamente hacia el comunismo.

Los movimientos nacionalistas se han forjado en el campo de batalla, en un momento de gran peligro de toda Europa, cuando el viejo orden se hallaba a punto de derrumbarse. Los partidos de estilo liberal-democrático fueron sorprendidos por la violencia del ataque comunista, desbordados y reducidos a la impotencia. En estos momentos dramáticos, cuando toda Europa se hallaba en vuelta en pánico, un Hitler, un Mussolini, un Cornelio Codreanu, un José Antonio, improvisaron

una nueva línea de defensa y rechazaron al enemigo. Cada movimiento nacionalista, inclusive el fascismo, han surgido, por lo tanto, de la necesidad de combatir el comunismo; cada uno de ellos representaba la reacción de las naciones contra la amenaza del Este. Si quisieramos descubrir algo común en la estructura de los movimientos nacionalistas para explicar su génesis, precisamente en la década de los años 1920-1930, no tenemos que dirigirnos hacia Roma, sino orientar nuestras miradas hacia Moscú. Las olas rojas del Este, al tropezar con el dique erigido por los movimientos nacionalistas, se vieron obligadas a retirarse a sus cauces, en las estepas rusas. Los movimientos nacionalistas han representado el nuevo orden de batalla que han adoptado las naciones cuando han tenido que enfrentarse con la agresión comunista, así como el organismo humano, cuando es atacado por un microbio desconocido, prepara de su propia substancia nuevos medios de defensa. El fascismo italiano no es otra cosa que un producto del temor del pueblo italiano ante el comunismo, exactamente con el mismo título y rango que el legionarismo, el falangismo o el nacional-socialismo. Ningún movimiento procede de otro, sino que todos han respondido al mismo desafío marxista.

Tienen además otras cosas en común los movimientos nacionalistas, mucho más importantes incluso que su legendario anticomunismo. Así como lo indica su propio nombre, todos estos movimientos tienen una raíz nacionalista. Esto explica también su éxito en la lucha contra el comunismo.

Donde surge un movimiento nacionalista, el comunismo pierde la batalla. Donde el comunismo se enfrenta con las antiguas estructuras del Estado, de tipo liberal, allí el comunismo tiene todas las probabilidades de conquistar el poder. Si los movimientos nacionalistas, todos, sin excepción, han contestado con tanto vigor y valentía el asalto comunista, obligándole a retirarse, esto se debe sin duda alguna a las energías que emanan de la nación, energías que han sido captadas por estos movimientos y lanzadas contra el enemigo. El substrato nacionalista, común a todos estos movimientos, explica su fuerte reacción anticomunista, en todos los países. El nacionalismo se opone vigorosamente a todo intento internacional de violar la soberanía del Estado nacional.

8. *Distinguir fascismo y nacionalismo*

Ahora se comprende mejor el diabólico plan de los comunistas y por qué debemos de insistir tanto para separar el nacionalismo del fascismo. Los comunistas quieren que la derrota que ha sufrido el fascismo en 1945 arrastre también al nacionalismo. Este hecho sería muy grave, puesto que el nacionalismo tiene su conexión íntima y directa con la nación, y si el nacionalismo, como concepto universal, es identificado al fascismo y expuesto al mismo tratamiento histórico y político, pronto le tocará el turno a la nación de ser arrastrada al abismo. Las acusaciones se pueden encadenar hasta llegar al objetivo que persiguen los comunistas: la muerte de las naciones.

En resumen, el fascismo es una especie de nacionalismo. Del nacionalismo, como de un tronco, se han desprendido todos los movimientos nacionales, incluso el fascismo, y no al revés. El nacionalismo es responsable de la aparición de todos los movimientos nacionales entre las dos guerras mundiales. El nacionalismo de los pueblos europeos se intensificó a causa del peligro comunista y entonces surgieron todos estos movimientos magníficos de autodefensa nacional. Los comunistas invierten el orden natural de las cosas. Ellos quieren englobar el nacionalismo en el fascismo y, una vez realizada esta operación fraudulenta, dar un paso más hacia adelante, decretando responsables las naciones de la aparición del fascismo. Desde «abajo el fascismo», si no prestamos atención, se puede llegar hasta «abajo la nación», que lleva en sí el fermento nacionalista. Sacrificando el nacionalismo, como pretenden los comunistas, golpeamos al mismo tiempo la nación, que es el soporte del nacionalismo.

El vocablo «nacionalismo» ha sufrido en el curso de la historia, y particularmente en nuestra época, ciertas alteraciones, de las cuales se aprovecha el enemigo. He aquí que es muy importante de rectificar el sentido del nacionalismo, eliminando estas desviaciones. Pero como el nacionalismo está íntimamente ligado a la nación, porque no es otra cosa que la nación en marcha, la nación en estado de expansión, debemos en primer lugar explicar su naturaleza. Una vez clarificada la estructura de la nación, será mucho más fácil de formular la teoría del nacionalismo.

II. EL PROCESO DE FORMACION DE LA NACION

1. *La Nación y la lógica del concepto*

En la parte anterior decíamos que no podíamos aclarar el sentido del vocablo «nacionalismo», si previamente no sabíamos lo que en sí es la nación. El nacionalismo se refiere a la nación, y es la fuerza que vincula a los individuos en estos grandes grupos sociales, conocidos bajo el nombre de naciones.

No es fácil establecer una definición de la nación. Todas las definiciones que encontramos en los tratados de Derecho, Historia, Sociología, Filosofía de la Cultura, son incompletas o vulnerables. No existe unidad de pensamiento acerca del concepto de la nación. Y es explicable esta discrepancia de criterios, cuando los investigadores desean formular la esencia de la nación. La nación pertenece a los valores eternos y estos valores, por su misma naturaleza, son inaccesibles a la razón. Los procedimientos de la lógica no tienen aplicación a la nación y, sin embargo, cuando forzamos la nota y queremos introducirla en una definición, rompe los moldes y se volatiliza.

Las naciones se hallan envueltas en misterio, igual que el hombre, igual que Dios. Poseen una

parte que no se descubre a nuestra percepción, así que no la podemos tratar con la indiferencia del hombre de ciencia, exactamente como si nos ocupásemos de un mineral, de una planta o de un animal. Es decir, «Yo», el sujeto investigador aquí; y allí, el objeto de mi investigación, la nación. El individuo no es algo extraño de la nación, y entonces no nos podemos comportar ante ella como si fuera un fragmento de la naturaleza. La nación tiene su domicilio permanente en nuestra alma, tiene sus raíces en el individuo, crece y se desarrolla con la fuerza de cada uno. Por el hecho de que existimos, proyectamos también a la nación. En el caso de la nación, somos al mismo tiempo sujeto, somos partícipes de su drama, somos actores, no simples espectadores. Entre la nación y el individuo no existen barreras materiales, sino una vida que se desarrolla concomitante y paralelamente en ambas entidades, mediante compenetración. Para entender la nación, tenemos que elegir un camino inverso a la exploración científica, es decir, tenemos que ahondarnos en nosotros mismos, y completar nuestros datos y referencias con nuestra experiencia interior.

Para definir a la nación, la gran mayoría de los investigadores de todos los sectores se han fijado sobre su parte visible, sobre lo que cae bajo los sentidos y podemos describirla, exactamente así como si basásemos la esencia del hombre exclusivamente en sus apariencias físicas. Y éste constituyó el error capital de los investigadores. Ellos se han limitado a examinar las características ex-

teriores de la nación —origen común, territorio, población, raza, idioma, tradiciones, pasado histórico, comunidad de cultura, Estado, religión en sentido confesional—, para descubrir luego, en estas manifestaciones colectivas, a aquellos elementos que se repiten, y que, conforme a las reglas de la abstracción, constituirían la esencia de la nación. Pero la decepción fue grande. Cada vez se ha demostrado, por parte de otros autores, que ninguno de estos factores no se repetían con la regularidad exigida por la lógica del concepto y que, por consiguiente, ninguno de ellos podía ser proclamado vencedor, como representante de la esencia de la nación. Existen naciones sin unidad lingüística, sin Estado, sin tradiciones comunes, sin religión unitaria, e incluso sin poseer un territorio. Son hechos bien conocidos, en cualquier tratado de Sociología. Un profesor mío de dicha signatura, conocido en los medios universitarios por sus conceptos cosmopolitas, deseaba demostrar que la nación, a la que tanto queríamos, era una ilusión, una ficción, un perjuicio, puesto que ninguno de sus requisitos externos resiste al examen de la realidad. Y concluía aquel profesor, afirmando con maliciosidad, sobre la base del rico material científico que nos ofrecía, que la nación es una simple convivencia social, un pebliscito de cada día, conforme a la célebre fórmula de Renan, una especie de institución o asociación, en la cual entraba quien quería y permanecía quien podía. La nación sería algo fluido, algo sin sustancia; abierta al último llegado en su seno, ya

que ninguna de sus supuestas columnas de sostenimiento quedaba en pie.

2. *El material de base*

La crítica era justa, pero la conclusión era equivocada e incluso tendenciosa. En efecto, de la realidad exterior de una nación no se puede extraer su esencia, por el sencillo motivo de que sus factores y elementos constitutivos no representan otra cosa que un material de base, del que se sirven las naciones para incorporarse y afirmarse en la Historia. El territorio, la cultura común, la raza, el idioma, las tradiciones, son como ladrillos que se utilizan para la construcción de una casa. Si se amontona piedra, cemento, ladrillos, madera, hierro, todavía no existe la casa. Hay que construirla. Igual ocurre con las naciones, que con el material que encuentran en sus áreas histórico-geográficas, edifican su cuerpo. En el mundo de que vivimos, necesitamos de una apariencia física. Asimismo sucede con las naciones, que necesitan, para hacer su entrada en la Historia, una forma perceptible. Una cosa es la nación en su estado espiritual, y otra cosa su objetivación, su incorporación, su paso del estado potencial al estado real.

¿De qué material se forman las naciones? Con restos de pueblos, civilizaciones, razas desaparecidas, o simplemente con tribus que no han llegado aún a la conciencia nacional. Lo que ha quedado como herencia de los pueblos desintegrados o

vencidos, es recogido por la nueva nación y edifica su cuerpo. El proceso de constitución de una nación se inicia con la asimilación de unos antecedentes sociales no viables. Cuando en un cierto territorio se produce un vacío histórico, un debilitamiento de los anteriores imperios, entonces una otra nación penetra y se hace cargo de las ruinas abandonadas.

3. *La descarga espiritual*

Pero debemos precisar que una nación no es idéntica con estos restos quedados del cataclismo de otros pueblos o culturas. Por una simple obra de colectar o de juxtaposición de unos fragmentos históricos, no se hace ni se constituye una nación. La nación es un principio creador que organiza en una nueva síntesis social a grupos de hombres aislados, quienes han perdido su identidad política y que vegetan al margen de la Historia. Las naciones no nacen según criterios arbitrarios, por la voluntad de unos hombres, quienes se reúnen y se ponen de acuerdo para constituir una nueva comunidad nacional, cómo se imaginaba Rousseau, sino porque interviene una fuerza espiritual que les aglutina y les dota de una conciencia común. En un cierto punto geográfico y en un cierto momento histórico, se produce una descarga espiritual sobre un grupo de hombres, y éstos, iluminados de esta misteriosa llama, empiezan a acercarse unos a otros para buscar posibilidades de convivencia estatales. Bajo el

efecto de esta fuerza espiritual, los hombres sufren una transformación, ya no son lo que fueron antes, es decir, descendientes de tribus, cultos y clases distintas, sino que superando a los separatismos del pasado, ya se consideran miembros de una nueva comunidad. Una masa de hombres se convierte en una nación cuando ha llegado a la conciencia de un nuevo sistema de valores y normas que cumplen con una doble función: por un lado, integra a los individuos componentes, estableciendo entre ellos lazos duraderos, y, por el otro lado, diferencia al nuevo grupo constituido del mundo de su alrededor y de otras naciones. Una nación no se reconoce tanto por ciertas características comunes, como sería el idioma, el territorio, la cultura o el origen común, sino, sobre todo, por el amasijo espiritual con que es regentado, por el alma nacional que posee, y que se refleja en la conciencia de cada individuo, bajo la forma de una imagen de aquel pueblo, que la reconoce como suya propia, representando el signo distintivo de una pertenencia común. Una nación es, en primer término, un área de nueva espiritualidad, de la que deriva luego el sistema de valores, conforme a los cuales organiza su vida.

Ahora comprendemos mejor por qué no se puede constituir el concepto de nación según las reglas clásicas de la lógica. No encontramos ninguna nota común a todas las naciones del globo terráqueo, que pueda ser elevada al rango de nota esencial y, sobre cuya base, se puede definir luego lo que es esta entidad. Ninguna nueva nación imita el estilo de construcción de una antigua y

de ninguna de las existentes, sino, por el contrario, interviene con su propia originalidad en la formación de su organismo. Del material que se encuentra a su disposición en el mundo exterior, la nación selecciona lo que le conviene mejor a su genio específico, lo que expresa más adecuadamente sus necesidades y sus aspiraciones. Una forma de manifestación que para una nación parece ser esencial, por ejemplo, la comunidad del idioma, para otra nación puede representar una característica secundaria. Existe una nación que tiene una sola componente, la religión y, resiste desde hace milenios, los judíos.

¿De dónde provienen estas descargas espirituales que se producen en diversas partes del mundo y dan lugar al nacimiento de las naciones? Una serie de autores, entre los cuales el filósofo alemán Herder y el italiano Mazzini, consideran que las naciones son creaciones divinas. El alma nacional es parecida al alma individual, con la diferencia de que repercute sobre una masa humana. Entre los argumentos que se pueden aducir en el apoyo de esta tesis, es de que, en el acto de nacimiento de todas las naciones y desde los más remotos tiempos, no falta el elemento religioso. La idea nacional y la idea religiosa, forman en la Historia un binomio de fuerzas inseparables. La penetración de éstas es tan fuerte, que cualquier ruptura de este equilibrio provoca graves crisis en la Historia de un pueblo o de una civilización. En la más antigua civilización conocida hasta ahora, la sumeria, el origen de este pueblo es explicado mediante la intervención de unas divinida-

SUMER

des. Es un tema este demasiado conocido, para extenderme sobre él.

Tenemos que reflexionar también sobre la capacidad de sacrificio del individuo, para defender su patria. Este sacrificio alcanza las cimas del sublime en los momentos de gran peligro. Junto a la mística religiosa, existe también una mística nacional, de la cual se alimenta continuamente el heroísmo de un pueblo. No se puede concebir que los individuos puedan ofrecer sus vidas por una realidad natural, producto de las circunstancias históricas, las cuales mañana pueden desaparecer, si no se sintiese que la nación pertenece a los valores eternos y es anclada en el transcendente. Berdiaeff ha escrito páginas imperecederas sobre el sentido de la Historia, sobre el misterio de la Historia Universal, la cual no puede ser separada de la metafísica y de la religión. Dios tiene Sus finalidades impenetrables que se reflejan a lo largo de la Historia. Pero, nos preguntamos, si la Historia Universal se desarrolla bajo el signo del misterio, ¿entonces las naciones no participan de este misterio, no tienen ellas también su parte de responsabilidad en el plano Divino? ¿Qué es, en el fondo, la Historia Universal, más que la Historia de las Naciones que han desfilado sobre la tierra y han cumplido con diversas misiones?

Si consultamos en ésta cuestión, los orígenes de las naciones, en José Antonio, encontramos una tendencia semejante. «Las naciones, dice éste: «son entidades viables por sí mismas», lo que significa que no deben su existencia a las circunstancias históricas-geográficas, sino que apa-

recen independientemente de las estructuras sociales, que le proporcionan solamente el material de construcción correspondiente. «Las naciones —explica José Antonio— son fundaciones, son sustancias, son un «ego» colectivo, con vida propia. Son arquetipos históricos.» Conforme a esta tesis, las naciones preexistieran al acontecimiento histórico, condicionarían el desarrollo de su Historia; de ellas emanaría la creación de la Historia y de la Cultura. Más, ¿de dónde proceden estos arquetipos históricos? Es una cuestión envuelta en misterio, lo que nos obliga a admitir también la posibilidad de una intervención divina.

José Antonio no es ajeno a esta interpretación, a pesar de que no se pronuncia directamente, puesto que habla del «alma metafísica de España, que es una verdad elemental, un axioma histórico y político, comparables con las verdades matemáticas. Esta realidad colectiva suprema, es irrevocable e intangible. La Historia se crea partiendo de este "Yo" histórico, desde este sujeto creador colectivo». En otra parte de sus escritos, encontramos algunas precisiones todavía más claras: «...por las misteriosas vías por donde lo religioso se propaga, nuestras consignas, nuestras tesis, se iban contagiando y difundiendo». Por tanto existen «consignas» y «tesis» de orden nacional que se propagan en el seno de una nación por vías misteriosas que son accesibles sólo al religioso. José Antonio admite que en un momento dado se puede producir una fusión entre el ideal religioso y el ideal nacional, lo que no sería posible si no poseyera también la nación un substrato espiritual

y no fuera una creación independiente del mundo material. Cornelio Codreanu considera que la nación se halla formada por tres patrimonios: el patrimonio físico, el patrimonio material y el patrimonio espiritual. Solamente este último, el patrimonio espiritual, eleva y enaltece a una nación, al rango de personalidad histórica y cultural. «Existe, dice él, un reino del espíritu nacional, el reino de sus visiones, obtenidas por la revelación o por el esfuerzo propio.» Por consiguiente, Codreanu admite que la imagen de una nación puede ser descubierta mediante la revelación a un grupo de hombres, transformándola en una entidad histórica.

4. *El destino histórico*

Una vez la nación constituida, se lucha en pro de la realización de su Unidad Nacional, para alcanzar los límites territoriales que corresponden a su capacidad de expansión espiritual. El alma nacional se dilata hasta encontrar sus fronteras naturales. Pero con esta aproximación de las fronteras, con esta satisfacción de sus necesidades especiales, el proceso de la nación no ha concluido. Ahora se le plantea el más grande examen de su existencia. La nueva nación, después de haber llegado a la madurez física, tiene que formularse la pregunta ¿por qué vive, por qué ha sido llamada por Dios a figurar entre los demás pueblos del mundo? ¿Qué credo la guía? ¿Qué crea o puede crear? ¿Hacia dónde dirige sus energías? ¿Qué

misión tiene que cumplir en la Historia? Solamente después de haber señalado la finalidad que persigue en la vida, la nación ha alcanzado la plenitud de su desarrollo. La coronación de la obra de creación de una nación es su destino. Este es el momento culminante de su existencia, y si lo intuye con rigor, entra en una fase de esplendor y de gloria.

José Antonio nos ha dejado páginas imperecederas sobre el destino de las naciones. Así disponemos de una guía segura y competente para tratar esta cuestión. «Una nación, dice él, no es una lengua, ni una raza, ni un territorio. Es una unidad de destino, en lo universal. Un agregado de hombres sobre un trozo de tierra, sólo es una nación si lo es en función de su universalidad, si cumple un destino propio en la Historia.» Cornelio Codreanu, habla igualmente del destino nacional de los pueblos, de una vocación histórica de éstos. «A nosotros, los rumanos, a nuestra raza, como a cualquier otra raza del mundo, Dios nos ha dado una misión, nos ha señalado un destino histórico. La primera ley que una raza debe seguir es la de caminar sobre la línea de este destino, comprender la misión que le ha sido confiada. Nuestra raza no ha rendido las armas ni ha desertado de su misión, por muy difícil y largo que haya sido el camino de su "Gólgota".»

«También ahora se levantan frente a nosotros obstáculos grandes como montañas.»

«¿Seremos quizá nosotros, la generación vil y débil que se dejará arrebatar de la mano, bajo la presión de las amenazas, la línea del destino ru-

mano, y abandonará su misión de raza en el mundo?»

Para facilitarnos la comprensión de la idea de destino, José Antonio nos ofrece una serie de equivalencias: una misión histórica, una empresa colectiva, el sentido total de la patria, el nacionalismo misionero, el patriotismo de la misión, etc. Según vemos de la comparación de estos términos, las energías de una nación se actualizan en vista de la realización de un objetivo. Estas energías yacen en un principio almacenadas como en una especie de lago artificial, para que después se desborde para cumplir así con su propia misión en competencia con otras naciones. El destino histórico o nacional de un pueblo es la transición del estado potencial al estado de manifestación de su originalidad creadora. Una nación se forja mediante un continuo proceso de auto-determinación y auto-exploración, «es el grado a que se remonta un pueblo cuando cumple un destino universal en la historia», como dice José Antonio.

El destino de un pueblo no es una meta definida, una vez para siempre y claramente visto por todo el mundo, sino que es un concepto de vida específica de aquel pueblo, un modo general de reacción o de comportamiento de aquel pueblo ante los acontecimientos. El destino nacional tiene una duración indefinida y los dirigentes de un pueblo tienen que interpretarlo en todos y cada uno de los momentos de la Historia. No debe ser confundido con un ideal cualquiera, el cual, de vez en cuando, germina en la vida de una nación. Un ideal representa una función transitoria del

destino nacional, una expresión temporal de la vocación histórica de una nación. El destino afirma su presencia a lo largo de la Historia de una nación y se encuentra a la base de todos sus acontecimientos, lo que determina a José Antonio a definir a la nación, como una unidad de destino en lo universal. El destino es como un hilo rojo que vincula a todos los puntos de una Historia Nacional, que aparece entretejido con todos los acontecimientos, con todas sus campañas, con todas sus empresas. El destino es una permanencia nacional, mientras que los ideales, brotan de él apareciendo y desapareciendo. El destino nacional se subdivide en una serie de objetivos concretos, en una serie de ideales, y el arte de un dirigente consiste en descubrir en el flujo y en el reflujo de los acontecimientos, lo que más conviene a emprender su nación en aquel momento. Las situaciones y circunstancias históricas cambian, y por tanto también el destino de la nación tiene que adaptarse y amoldarse a éstas situaciones. Pero lo que no se puede jamás cambiar, transformar o abandonar, es el espíritu en el que tratamos el acontecimiento. «Una nación es grande, dice José Antonio, cuando traduce en realidad la fuerza de su espíritu.» El destino es un criterio histórico, una unidad invariable en todo lo que emprende una nación en su existencia.

José Antonio exige también que la misión histórica de una nación debe tener un sello universal. ¿Qué significa esto? Existe un plan divino de la Historia y, cuando las naciones definen su destino, tienen que encuadrarse en éste plan, o no apartar-

se demasiado del mismo. No cualquier realización histórica, por muy espectacular que fuera, cumple también con una función universal, Se pide igualmente que de la misma se beneficie la Humanidad entera. Una misión específica de una nación tiene que desarrollarse en una perspectiva universal, es decir, que tenga una aportación positiva para el mundo entero. El descubrimiento y la exploración de América es una realización del destino nacional español, pero de la empresa de este pueblo se han aprovechado todas las naciones del mundo, mientras que las invasiones y las conquistas de Gengis Khan no han dejado tras de sí más que ruinas y cenizas. El comunismo tampoco pertenece al plan divino, no es un destino en lo universal, puesto que no crea nada; por el contrario, destruye todo lo que encuentra en su camino, razas, pueblos, culturas, religiones. Si el comunismo desarrolla esta fuerza destructiva apocalíptica, sin detenerlo nadie, no es porque así lo quiere Dios, sino porque las demás naciones no conocen y no cumplen con su propio destino, constructivo, creador, universal, enfrentándose a este monstruo.

5. *La formación del pueblo español*

Para ilustrar el proceso de formación de una nación, encontramos un ejemplo elocuente en la misma Historia del pueblo español. Sobre esta tierra, se han cruzado numerosas razas, pueblos, culturas, imperios. La Historia de España, tomada como territorio, se inicia desde tiempos in-

memoriales, pero la Historia de la nación española no data más que desde Covadonga. En este punto geográfico y en este momento histórico, se produjo el milagro del nacimiento del pueblo español. Los guerreros que se han enfrentado con los árabes en esta memorable batalla, ya no eran los de ayer, ya no eran restos de iberos, de celtas, de romanos o de visigodos, sino una nueva levadura étnica, un nuevo pueblo. Parece como si hubiese descendido del cielo un fuego purificador sobre ellos, que les hubiese integrado espiritualmente, y les hubiese dotado de una fuerza de la que no disponían hasta entonces. La batalla de Covadonga es el acto de nacimiento del pueblo español. Masas de hombres, del mismo origen y variedad, con la misma fe cristiana, existían en toda España, y de ellas se hubiesen podido reclutar poderosos ejércitos para rechazar al invasor. ¿Porqué no lo hicieron? Porque no se sentían nación, porque no poseían una conciencia común, porque les faltaba la visión de un destino común. Covadonga es el revés de la moneda. Desde Covadonga los árabes pierden la iniciativa histórica, a pesar de que estaban mejor organizados y de que tenían a sus espaldas un imperio gigante, porque no se enfrentarán desde ahora con algunos grupos sociales heterogéneos, sino con una nación. Desde Covadonga, la Historia de España no conoce más que una cadena de triunfos, que se continúan irresistiblemente hasta la realización de la unidad nacional.

Pero con la conquista de Granada y de Gibraltar, la nación española no alcanzó su completa forma-

ción. Le faltaba el horizonte histórico, le faltaba la mirada, la orientación hacia el futuro lejano. ¿Para qué ha llamado Dios a la vida, a la nación española? ¿Qué misión le ha encomendado, la cual, en términos joseantonianos, es de destino en lo universal? Gracias a las dotes morales e intelectuales de los Reyes Católicos, la nación española respondió a la confianza divina con una prontitud que la honra y que le decidió y trazó el rango que iba a ocupar posteriormente en la Historia. La misión de España es aquella de ser el escudo de la Iglesia y de proteger la fe cristiana por todos los continentes. Esta mística religiosa-nacional, fue la base de la expansión española y del imperio en el que no ponía el sol.

6. *El nacionalismo determinista y el nacionalismo visionario*

Sin la revelación de su misión histórica, una nación se asemeja a una estatua decapitada. Tiene brazos hermosos, posee un soberbio cuerpo, pero le faltan expresión, inteligencia, mirada, sonrisa... En éste aspecto, la escuela joseantoniana se separa de la escuela nacionalista francesa. Para Barrès, Bourget, Maurras, Daudet y los demás, el origen de la nación hay que buscarlo en el pasado. Es la tierra del país, son los muertos, las tradiciones, las instituciones milenarias, la vida de los antepasados en toda su variedad folklórica. El individuo pertenece a una nación, así como una planta nace y crece en el suelo donde fue sem-

brada. El nacionalismo francés es determinista. Las colectividades nacionales dependen de leyes naturales, independientes del individuo y superiores a éste, que se pueden conocer con exactitud y que pueden ser aplicadas con rigor científico. La nación es un agregado natural, cuyo proceso de formación y de desarrollo se halla determinado por leyes fijas. El individuo que ignora estas leyes, o que se aparta de ellas, para adoptar un concepto cosmopólita, es un desarraigado, condenado a secarse y a morir. Un individuo, es francés, rumano, español, así como el roble no podrá ser otra cosa que roble. El individuo no existe más que en función de su «Yo» colectivo. Nosotros nos formamos a la sombra de nuestros antepasados, pensamos y nos expresamos en imágenes y vocablos que ellos han forjado y nos han transmitido.

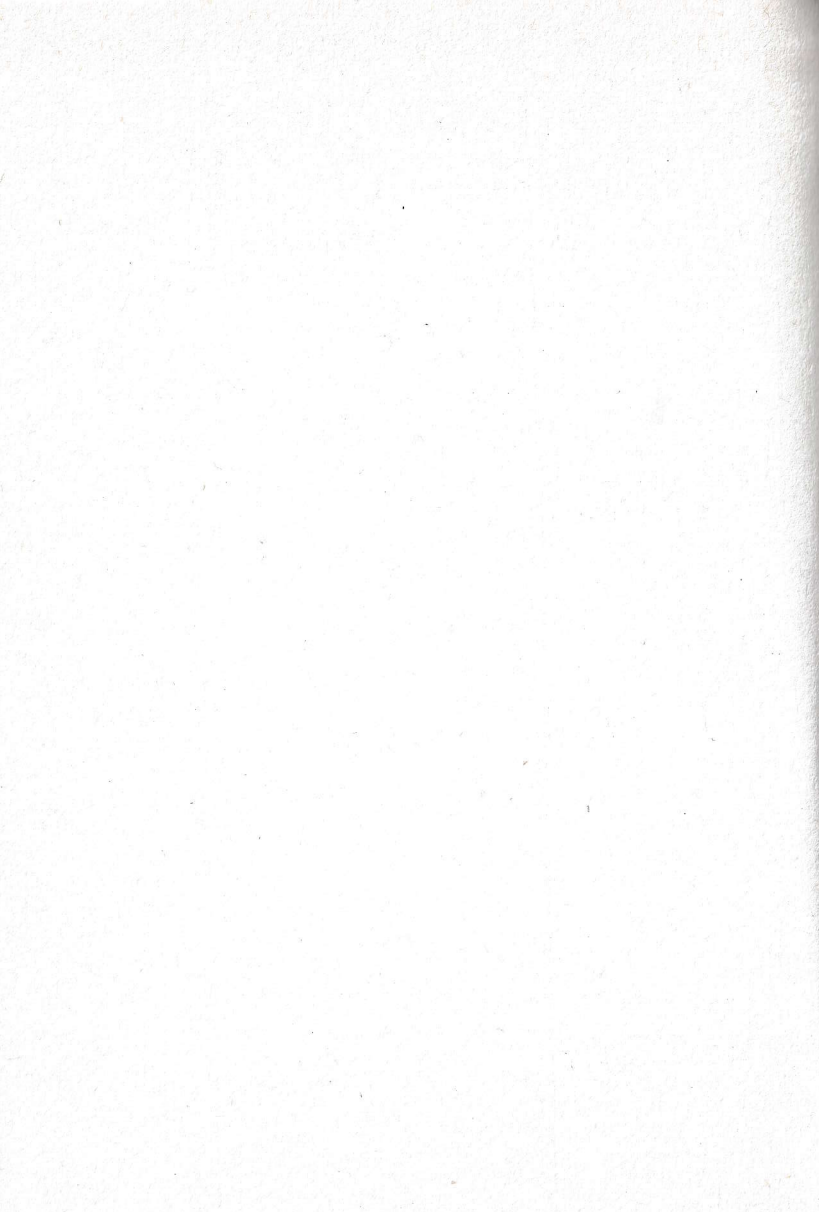
José Antonio y Cornelio Codreanu tienen otra perspectiva y visión de la nación. Para ellos, la nación es una vocación, una empresa, un proyecto, un concepto sobre el mundo y sobre la vida, una idea, un ideal, un plan, un programa, una visión, una imagen del futuro, una inquietud creadora. La nación no se termina jamás, puesto que nunca cesa su misión, hasta los siglos de los siglos. Ciertamente, ni José Antonio ni Cornelio Codreanu niegan que la nación tenga sus raíces arraigadas en el pasado. En los dos encontramos páginas patéticas sobre el terruño de la patria, sobre el lazo con los muertos, sobre el respeto a las tradiciones y, a las obras de las generaciones anteriores, pero en este debate interviene una cuestión de acento. ¿Dónde se encuentra el cen-

tro de gravedad de la nación? No nos podemos desprender del pasado, pero tampoco podemos definir nuestra existencia solamente a través del pasado, con la ayuda de unas leyes inmutables que nos limitarían nuestra libertad personal de acción. Una nación se realiza sobre el eje ideal de su destino, que domina todo el curso de su Historia y que se sumerge en un futuro impenetrable. Y entonces, más importante que el conocimiento del pasado de una nación, es el espíritu con que lo interpretamos. Este pasado es la expresión del mismo destino nacional, inalterable e invariable, brotado del mismo concepto de vida que presidió a la formación de la nación y que es válido hasta nuestros días. ¿Hemos comprendido su profundo significado?

Volviendo a la Historia de España, el problema que se plantea a las generaciones actuales es el descifrar el mensaje de los antepasados contemplando sus obras, de absorber aquel alma, aquellos estados de espíritu que les hayan inspirado a ellos cuando luchaban contra los infieles, cuando exploraban los continentes, cuando edificaban las catedrales. Los antepasados no hicieron otra cosa que escuchar la voz del destino universal de España, en tanto que las generaciones actuales siguiendo sus huellas, pueden también hacer el mismo salto en el alma metafísica de la nación. Todo se cambia en la nación, salvo el destino que representa su «yo» histórico. Las grandes hazañas del Cid, la obra de Ignacio de Loyola, la heroica defensa del Alcázar, pertenecen al mismo substrato espiritual. Estos hechos gloriosos no son

más que proyecciones del destino eterno de España. Ser español significa actuar con el mismo espíritu que guió a sus antepasados en las obras anteriores. ¿Quién levanta hoy día el sable del Cid? ¿Quién continúa la gesta de los heroicos defensores del Alcázar? ¿Quién eleva el nivel religioso del pueblo hasta las cimas de antaño?

He aquí como la nación no es un determinismo del que no podemos salir, sino un proceso de creación continua, un puente ideal que une el pasado con el futuro. La nación no es, sino que se hace a través de actos continuos de servicio. Parafraseando a Renan, podríamos sustituir su fórmula «la nación es un pebliscito de cada día», con «la nación es un sacrificio de cada día», en el que tienen que participar todos sus hijos.



**III. LA NACION EN LA HISTORIA
Y EN LA CULTURA**

1. *La sociología ignora la Nación*

Existe una ciencia nueva que pretende ser la ciencia de la sociedad, la sociología. Pues bien, la sociología, ciencia por excelencia de los fenómenos sociales, ignora la nación, como observa tan bien el autor alemán contemporáneo, Eugen Lemberg, en su obra bien conocida sobre el nacionalismo. Para los sociólogos, la sociedad es un todo indivisible, una inmensidad humana uniforme, dotada con las mismas características, indiferentemente de dónde se toma la muestra, de los polos o de los trópicos, desde cualquier grado de latitud o de cualquier continente.

Nos encontramos ante una mistificación de proporciones descomunales. Los sociólogos hablan de todo, salvo de la nación: de la división del trabajo en la sociedad, de las clases sociales, de profesiones, de la invasión de las masas sociales en la Historia; hablan sobre la delincuencia, la criminalidad y el suicidio; de la juventud y de las relaciones entre las generaciones; de la influencia de la técnica sobre la sociedad y de las grandes concentraciones urbanas, que cambian el ritmo de la vida. Sin embargo, cuando estos científicos

se dignan dirigir sus miradas hacia la nación, la tratan como una cuestión insignificante, menospreciada, con la cual no se merece perder demasiado tiempo. Su sentencia es severa. Consideran a la nación como un prejuicio de los siglos pasados, una superstición, condenada a extinguirse en nuestra época, la del progreso de la técnica y de la intensificación de las relaciones interhumanas.

La hostilidad de algunos sociólogos contra la nación va tan lejos, que consideran la adhesión de los hombres a su nación, el nacionalismo, como un fenómeno patológico, y los afectados por este morbo tendrían que ser internados en un instituto de psiquiatría, para ser tratados como seres anormales.

¿Qué ha pasado con la sociología en nuestros tiempos para manifestarse con tanto desprecio hacia la nación y comportarse frente a ella con tanta arrogancia, llegando con su absurda actitud hasta amputar su propio objeto de investigación de un elemento esencial? No hace falta que se hagan estudios de especialidad y convertirse en sociólogo para descubrir la existencia de las naciones, puesto que se tropieza a cada paso con ellas, y no existe un hombre en el mundo que no pertenezca a una nación. Se puede adivinar la explicación. Las cátedras de Sociología de casi todo el hemisferio occidental han sido acaparadas por los intelectuales de izquierda, por elementos afiliados al marxismo. Ya no se hace más ciencia pura ni en la Universidad ni en los institutos de investigaciones, y tampoco en las diversas fundaciones,

sino una ciencia dirigida desde la sombra por las potencias del mal, que persiguen como meta promover, desde la cátedra, el proceso de cumunistización del mundo. Las nuevas generaciones deben ser arrancadas del seno de la nación acostumbrándolas a la idea de que las naciones son viejos residuos de una civilización extinguida y desfasada. Las naciones desaparecerán como desaparecieron los animales prehistóricos. Las naciones no desempeñarán ningún papel en la futura Humanidad, que constituirá un bloque homogéneo, sometido a una autoridad mundial. La sociología no nacional de hoy día, como la denomina Lemberg, y que debiera de ser apellidada más bien anti-nacional, se ha convertido en un anexo de la conspiración comunista, y no se le puede conceder ninguna credibilidad científica.

2. *La Nación protagonista de la Historia*

La realidad histórico-social, desde los más remotos tiempos hasta hoy, aboga en favor de las naciones, con testimonios múltiples y constantes que anulan las teorías sociológicas a la moda, carentes de toda garantía de objetividad científica. En los orígenes del mundo, el mismo Dios concedió a las naciones una posición privilegiada en la Historia, desde el momento que ha confiado a un pueblo elegido, al pueblo hebreo, la misión de llevar Su nombre, de conservar y salvaguardar la justa fe en un mundo que se alejaba de El y se postraba ante los ídolos. Cómo han respetado los

judíos esta misión, es otra cuestión que no entra en el debate de ahora. Lo esencial es el hecho de que un pueblo ha sido honrado con la confianza de Dios, bendición que se extiende sobre todos los pueblos, puesto que, más tarde, todas las naciones han sido llamadas por Jesucristo a participar de la herencia divina.

Luego no debemos engañarnos acerca de los orígenes de los grandes imperios. Todos tienen su núcleo de formación en una nación. Alejandro el Grande procedió a la conquista del Oriente, solamente después de que organizó su famosa «falange macedónica», reclutada entre el pueblo que llevaba el mismo nombre, que vivía en el norte de Grecia y formaba una colectividad nacional distinta de la de los griegos. La época del imperio romano se inició, aparentemente, con la fundación de una ciudad, Roma, pero los habitantes de ésta, en un momento difícil de determinar, sobrepasaron el estado de una simple aglomeración urbana, sufriendo una transformación colectiva. Descubrieron el hecho de que formaban un pueblo, distinto de todas las demás poblaciones de Italia. ¡Cuántas ciudades existían en aquel entonces en Italia! Mas solamente una de ellas, Roma, llegó a ser el amo del mundo. El imperio español no fue una creación artificial de unos aventureros, sino que entró en la fase de expansión sólo cuando Fernando e Isabel la Católica forjaron la unidad nacional de España. Tampoco el imperio de Napoleón fue una estructura híbrida, multinacional, surgida del genio militar y político de un solo hombre, sino que se alzó y sostu-

vo hasta el derrumbamiento de los recursos del pueblo francés. Al comienzo del siglo XIX, los franceses constituían la más poderosa nación de Europa, siendo superados solamente con varios millones de habitantes por los rusos.

Luego descubriremos también el proceso a la inversa, el anti-imperialista, cuyo protagonista es igualmente la nación. Estas entidades sociales, ignoradas por los sociólogos de hoy, toman su revancha contra los imperios y los destrozan, cuando estos imperios presentan señales de decadencia, emancipándose de su dominio. Del imperio español se han desprendido las naciones hispano-americanas. El imperio napoleónico cayó a consecuencia de una coalición de las naciones europeas. El imperio habsbúrgico se descompuso bajo la presión de las naciones cohabitantes. Bajo nuestros ojos han desaparecido imperios coloniales, y sobre sus ruinas se han formado otros naciones. Es absurdo ignorar la existencia de las naciones cuando la Historia, desde sus más remotos orígenes, nos ofrece este grandioso espectáculo de las naciones que luchan sin cesar, para salir del caos social y conquistar un lugar bajo el sol. Decenas de nuevas naciones se han formado solamente después de la terminación de la segunda guerra mundial.

3. *La Nación en la Historia de la Cristiandad*

Incluso las grandes ideas y las grandes religiones no se han impuesto de otro modo que im-

pulsadas por la fuerza de las naciones. Se puede observar perfectamente cómo la antorcha del Cristianismo pasa de una nación a otra y, con cada aportación nacional, conoce una nueva brillantez y un nuevo esplendor. De los judíos, el Cristianismo se propaga a través de la hilera griega, para encontrar su escudo de protección en Roma, mediante la victoria de Constantino el Grande contra Maxentio. Después del derrumbamiento del Imperio Romano Occidental, prestan su ayuda a la Iglesia los Francos de Carlomagno. Cuando escuchó, estremecido, los sufrimientos del Redentor, Carlomagno exclamó: «Oh, Señor, ¿por qué no estuve yo allí con mis Francos?» El brazo secular de la Iglesia fue representado luego por los alemanes, que rechazaron las invasiones bárbaras y contribuyeron a la cristianización de la Europa central y oriental. Pero la más grande aportación que ha recibido la Iglesia vino por parte de la nación española, que incorporó al área cristiana un continente entero y salvó a Europa de la invasión musulmana. Los españoles fueron los últimos caballeros de la Cristianidad. La debilidad del mundo cristiano de hoy día se debe, esencialmente, al hecho de que no se encuentra ninguna nación moderna, suficientemente poderosa, dispuesta a levantar la bandera de Jesucristo y rechazar a los nuevos bárbaros del Este. Esta misión y este honor hubieran correspondiendo a los Estados Unidos; si esta poderosa nación hubiera comprendido el llamamiento de la Historia, no asistiríamos hoy al espectáculo de dolor y vergüenza que vemos en Europa oriental,

donde se ha desencadenado la más terrible persecución contra la Iglesia de Jesucristo, bajo las apáticas e indiferentes miradas de los cristianos del mundo libre.

4. *La Nación y la Cultura*

Ni la cultura puede concebirse sin la existencia de la nación. No existe una cultura general, internacional, cosmopolita. Cada obra de arte lleva encima el sello de la nación a la cual pertenece su autor. Don Quijote es un producto específico español, así como en Fausto se proyectan las características del pueblo alemán. Una obra de arte, de cualquier índole, gana el rango de universalidad no por expresar vulgaridades o lugares comunes, para ser entendida fácilmente por todo el mundo, sino por la intensidad con que refleja la imagen de un pueblo. Cornelio Codreanu define en los siguientes términos la relación entre la cultura y su proyección universal: «La cultura es nacional como origen, e internacional como esplendor.» Esto significa que un escritor, cuanto más arraigado está en la tierra de su patria, cuanto más está compenetrado con la mística y con la espiritualidad de la nación, cuando crea una obra de arte, tanto mayores posibilidades tiene de ganar fama mundial. Incluso los turistas buscan en sus viajes lo típico de un pueblo y no los bares americanos que encuentran también en su propio país, y que son los mismos en Madrid, en Filadelfia o en Africa.

Existen, sin embargo, áreas de civilización basadas en ciertas afinidades espirituales, en cuyo interior los intercambios espirituales y la circulación de las ideas se hacen más fácilmente, y por tanto las influencias de un pueblo a otro son más vivas. Pero una cosa es la influencia y otra cosa la creación. Para crear una obra de arte, es necesario un aprendizaje y un material, que puede ser encontrado en cualquier lugar, en todos los pueblos y en las creaciones de otros autores; pero cuando llega la hora de la verdad, cuando hay que dar la medida de la originalidad, para no quedarse como un simple imitador, cuando quieres expresar el bullir de tu alma, de tus propios conceptos, sentimientos e ideales, entonces ya no puedes vagabundear más allá de las fronteras, entonces hay que descender en el ser de tu estirpe, porque solamente allí podrás encontrar aquel tesoro de expresiones, de valores, de modales de pensar, que necesitas para dotar de alas a tu talento.

5. *La Nación, una vocación del Hombre*

De esta sucinta exposición se ve claramente que la nación supera en fortaleza a todas las demás fuerzas de cohesión social. Ni las clases sociales, ni las profesiones, ni los grupos políticos, ni la familia e incluso ni los Estados, tienen la vitalidad de los pueblos. El drama de la Humanidad es de hecho el drama de las naciones. Por doquier en la Historia no encontra-

remos más que una cadena de luchas para la afirmación de los pueblos. En todos los planes de la existencia encontramos triunfando a la nación: en la Historia, en la cultura, en la religión, como soporte y vehículo de las grandes Iglesias. La nación es el principio constructivo de cualquier civilización. Sin la nación volveríamos al caos social, del que nos hemos levantado, regresaríamos a la barbarie, al estado de las sociedades primitivas. Europa se convirtió en el amo del mundo, gracias a sus naciones, mientras que la decadencia del continente se inicia con el comienzo de la debilidad de éstas.

No descubriremos en ninguna parte del mundo hombres abstractos, geométricos, neutrales, desde el punto de vista social, carentes de cualidades nacionales, porque la nación es una integrante del alma humana. No estamos de acuerdo en absoluto con la definición de Aristóteles, quien decía que «el hombre es un animal social». El hombre no es un animal, sino un ser único en el Universo y superior a todo Universo, porque está hecho según la imagen y semejanza de Dios. Pero incluso admitiéndole tal cual, ni entonces es exacta la definición. Tiene que ser completada en el sentido de que el hombre es un animal socio-nacional, es decir, por su propia naturaleza, por su propio arranque y por su inclinación, se agrupa en la sociedad, pero no en cualquier tipo de sociedad, sino solamente en las sociedades nacionales. El hombre no crea cualquier tipo de sociedad, sino exclusivamente las naciones. Existe de verdad una vocación social

del hombre, pero aquélla de agruparse en naciones y de desarrollar sus poderes creadores en íntima conexión con la nación. Exactamente como cada individuo busca a Dios, incluso cuando no profesa la verdadera religión, del mismo modo, en el plan social, el hombre busca en agruparse en naciones. Ni Jesucristo no ha sido ajeno al sentimiento nacional, porque El ha sido también hombre verdadero, y, como hombre auténtico, no podía ser antinacional. Vamos a recordar la escena cuando lloraba al mirar Jerusalén, pensando en la suerte que le esperaba a Israel, a causa de su falta de fe:

«Y cuando estuvo cerca y vio la ciudad, lloró por ella, por piedad, y exclamó: "Si hubieses conocido también tú, en este día tuyo, aquellos que son para tu paz. Pero ahora ocultos están para tus ojos".»

Los comunistas se jactan que han resuelto el problema de la convivencia de las nacionalidades en el cuadro del mismo Estado en una forma superior, sin igual hasta ahora en la Historia, y nos ofrecen, como modelo, a la Unión Soviética. En realidad, las así llamadas repúblicas nacionales del territorio de la Rusia soviética son simples nomenclaturas geográficas de la administración central de Moscú. Los pueblos de estas repúblicas no gozan de ningún derecho, de ninguna libertad, sufriendo en cambio la más terrible opresión, siendo amenazadas constantemente con su desnacionalización. ¿Es la Unión Soviética un Estado multinacional, como pretenden sus dirigentes, o, por el contrario, un imperio co-

mo cualquier otro imperio de la Historia, del que se beneficia solamente un solo pueblo? Como es bien conocido, el comunismo es la creación del pueblo judío y sirve como biombo para ocultar su propio imperialismo. Si los judíos han sido expulsados de la jefatura de la Rusia comunista, en donde han vuelto los rusos, es otro enigma en la Historia. De todos modos, tanto en uno como en el otro caso el imperio comunista del Este es la obra de un solo pueblo, incluso si oculta su identidad y su imperialismo bajo las banderas del marxismo.

**IV. EL COMUNISMO CONTRA
LA NACION**

1. *El talón de Aquiles de la Nación*

Las naciones son los bloques de granito de la Historia. Aparentemente de una construcción frágil puesto que están compuestos por una multitud de piezas sueltas —individuos, familias, clases sociales, provincias—, poseen, sin embargo, la dureza del diamante, gracias a su aleación con el factor espiritual, que une a todas estas partes en un todo coherente y orgánico. Las naciones son personalidades colectivas, dotadas de una conciencia propia, que desarrolla su energía creadora en conformidad con su destino universal. Teniendo en cuenta la gran extensión social de las naciones, formadas por millones de individuos, así como su extraordinaria resistencia interior, no existe duda de que las naciones representan el más difícil obstáculo de pasar para que el comunismo llegue a la dominación del mundo. A causa de la formidable barrera que oponen las naciones a cualquier forma de imperialismo, las potencias del mal han estudiado mucho antes de la aparición histórica del comunismo la estructura de estas entidades, para descubrir, en su cuerpo, sus puntos débiles, sus puntos vulnera-

bles, donde puedan clavar sus envenenadas flechas, portadoras de la muerte.

¿Dónde se halla el talón de Aquiles de las naciones? En realidad no existe tan sólo un talón, sino varios; a saber, en los lugares donde sus piezas componentes se unen con el todo; como en la construcción de una casa, donde los arquitectos y los constructores deban prestar especial cuidado a los puntos de intersección de los materiales, los cuales son los más importantes, ya que soportan todo el peso de la obra. Las relaciones entre el individuo y la nación, entre la clase social y la nación, entre las regiones y la nación, etc., son las más susceptibles de deteriorarse. En estas líneas de intersecciones sociales, especialmente delicadas y sensibles, donde las partes se unen a la nación, han concentrado su nociva actividad los enemigos de los pueblos. La nación no puede ser atacada frontalmente. Es demasiado sólida y demasiado masiva, y los ataques directos pueden ser fácilmente rechazados. Pero puede ser derribada si se escoge un camino de rodeo, envolvente, que rompa su tronco, trozo a trozo, fragmento tras fragmento, hasta perder su equilibrio y caer al suelo. Bajo la persistente acción de un tiro ideológico bien dirigido, las naciones pueden descomponerse en el material del que ellas se hallan constituidas. Las naciones —dice Mota— no mueren como los hombres en algunos años. Es necesario que pasen decenios e incluso siglos hasta observarse los efectos corrosivos de los venenos introducidos paulatinamente en el organismo nacional. La república soviético-española de 1936 no se instaló

como consecuencia de la caída de la Monarquía en 1931, sino que fue el resultado de una larga serie de penetraciones extranjeras en la vida del pueblo español, las cuales se observan incluso desde el comienzo del siglo XIX, y quizá con anterioridad.

2. *El ataque al individuo*

Como era de suponer, el principal ataque contra la nación lo soportó el individuo. El representa la porción del frente más expuesta, ya que el individuo se encuentra sólo ante el asalto enemigo. Desde varias direcciones, y bajo las más variadas y atrayentes ofertas, el individuo es solicitado a efectuar el salto en el vacío, desprendiéndose de la nación a la que pertenece, para buscar una felicidad ilusoria, exclusivamente por cuenta propia. Si el individuo puede ser engañado, para salir del orden natural de la sociedad, constituida sobre la base de naciones, entonces la nación se halla amenazada a descomponerse en millones de partículas y, por ende, a desintegrarse. Los individuos desprendidos de la nación se convierten en tropas auxiliares del enemigo y la nación, que ha llegado en este estado lamentable, fácilmente puede ser conquistada y hecha cautiva.

El hombre posee algo, en su propia estructura, que le predispone a rebelarse contra el orden instituido por el Creador. Es la vieja tentación, que se ha manifestado ya desde el tiempo que vi-

vía en el Paraíso. El hombre siente que representa algo especial en el mundo, que es un ser privilegiado en este cosmos. Hasta ahora nada grave, ninguna clase de transgresión de la Ley divina, puesto que en su alma es la partícula de divinidad, que la determina a reconocer su posición especial en el universo. La tentación se inicia cuando no conoce su medida y, de Hijo de Dios, quiere convertirse en el igual a Dios, y si puede ser, incluso destronar a Dios. Existe una inclinación hacia el luciferismo en el hombre, que adquiere proporciones gigantescas cuando se le da una educación equivocada, cuando se le insufla ciertas opiniones y tendencias anárquicas, contrarias al respeto y al amor hacia Dios. Entonces, el individuo sale de sus propios límites..., del margen de agradecimiento que debe al Creador, considerándose asimismo el centro del universo. Tanto más fácil, por tanto, puede ser seducido el individuo a rebelarse contra el orden social, donde tiene delante hombres a quienes considera iguales suyos.

La debilidad de los vínculos entre el individuo y la sociedad no se ha realizado de repente, sino mediante un largo proceso de alienación del hombre, que se inicia con el Renacimiento, y que entró, parece ser, en su fase final, con la aparición del comunismo. No es el caso de insistir sobre esta evolución negativa de la Humanidad en la época moderan, acerca de la cual se han escrito magistrales páginas también en España, entre otras, por José Antonio Primo de Rivera y José Luis de Arrese.

Partimos, pues, del hecho de que se ha constituido una doctrina denominada «Individualismo», con raíces en el Renacimiento, la cual pretende que el individuo es Alfa y Omega de toda la creación humana, sea sociedad, sea Estado, sea cultura, sea civilización técnica. «Amigo —le dicen los partidarios de esta teoría al individuo—, tú eres todo. Gozas de una libertad ilimitada; solamente de ti depende cómo se va a forjar tu vida. Tu felicidad se encuentra en tus manos, con una sola condición: tienes que hacer uso de la razón. Antes de adoptar cualquier idea, de cualquier naturaleza, ya fuese religiosa, social, económica, filosófica, hay que pasarla por el tamiz de tu razón. No existe ninguna verdad, fuera de las que puedes establecer tú sólo.»

Este concepto tuvo como primer resultado una actitud crítica contra la fe. La nueva filosofía, individualista o humanista, pretendía someter al libre examen de la razón incluso a los dogmas religiosos. Mas como la razón no es capaz de descubrir las últimas verdades de la vida, por no tener acceso en lo sobrenatural, su examen se ha saldado con la debilidad de la fe, con el escepticismo, el ateísmo y la proliferación de las sectas religiosas. Una segunda consecuencia del individualismo fue el liberalismo político, que se ha impuesto en Europa, después de la Revolución francesa. También el individualismo es responsable del liberalismo económico, de la economía basada exclusivamente en la idea del beneficio, que hizo nacer el capitalismo y los abusos capitalistas, pro-

vocados y originados por su incontrolado desarrollo.

La democracia liberal, considerando que el individuo es el «factotum» en la sociedad y que de él se desprenden todas sus actividades, utiliza como fórmula jurídica de convivencia social el contrato. La familia no es una institución superior a los esposos, sino un contrato; la economía es reglamentada contractualmente entre las partes interesadas; las relaciones entre las clases sociales se reducen a contratos que se firman y se revisan por los patronos y los obreros; incluso la cultura ha sido rebajada a este nivel, puesto que las obras ya no triunfan hoy día según su valor intrínseco, sino por los contratos que les ofrecen las casas editoriales a los autores, asegurando, por los medios de difusión de que disponen, su éxito. El hecho más grave es que también la Nación ha sido degradada a un contrato que se concluye entre los individuos. Pero un contrato, por su naturaleza, puede ser revisado, modificado, anulado e incluso substituido por un otro, por los que le han aceptado; es decir, por los individuos soberanos. Cuando éstos discuten y debaten los intereses de la nación y luego votan en los comicios electorales, no tienen otra guía para orientarse más que su propia conciencia. No se hallan ligados a un foro superior. Por encima de ellos, no existe una autoridad, una entidad superior, ciertas normas intangibles, ante las cuales deben considerarse responsables. Los individuos que se han arrogado el derecho de hablar en nombre de la nación, no reconocen la primacía

de ésta en los asuntos públicos. Se consideran superiores a la Nación y, por consiguiente, desligados de toda responsabilidad que deriva de su existencia. La voluntad flotante de los individuos, sus caprichos, deciden acerca de su destino. La nación, con sus intereses permanentes, no se halla representada por nadie en el liberalismo político y por tanto no la defiende nadie. El Estado no es la expresión de la nación, sino la suma de las voluntades individuales. Todas las cuestiones se debaten entre los individuos, y luego sus resoluciones son trasladadas al Estado para su ejecución.

¿Cómo contestamos a esta provocación? Nosotros somos también individualistas en un cierto sentido; creemos igualmente que el individuo es la piedra angular de cualquier edificio social, y de ese individuo tenemos que partir cuando se construye el Estado. Pero la cuestión que se plantea previamente es aquélla de aclarar la noción de «individuo». ¿De qué individuo se trata? El individuo de los individualistas, el individuo de la democracia liberal, «rousseauiana», es un ser incompleto, siendo con antelación pasado al quirófano de los filósofos del siglo XVIII, donde se le ha amputado su parte esencial, su más noble parte, la de su «yo» creador, y a este hombre mutilado, desfigurado, nos los presentan los individualistas como un hombre íntegro, el verdadero hombre, el individuo soberano, dueño y señor sobre todo y sobre todas las cosas, una especie de Dios en miniatura, no sometido a ninguna ley y a ningún orden. ¿Qué le falta al individuo con el

que opera el individualismo? Le faltan los valores eternos, de que habla José Antonio. A este individuo le podemos denominar, con cierta benevolencia, «individuo», pero ya no es hombre entero. El hombre, en el auténtico sentido de la palabra, tiene una estructura mucho más compleja. El que sale del alambique de la democracia individualista es una abstracción. ¿En qué consta el fraude intelectual? Desprende al individuo de su propia persona, en la cual entra tanto su componencia nacional como su vocación divina. El individuo íntegro no es solamente biología y no es solamente psicología, sino que es también espíritu y espiritualidad. De sus fuerzas espirituales nace la Historia, nace la cultura, nace la Iglesia. A este individuo empobrecido de su contenido espiritual, se le lleva luego sobre la escena del mundo, la democracia liberal, presentándole como un trofeo «Ecce Homo».

Estamos de acuerdo con la propuesta de los individualistas de levantar al individuo sobre el más alto pedestal de la Historia, pero solamente después de haberle restaurado su imagen completa, considerándolo con todas sus posibilidades creadoras, y no reduciendo a aquella porción pequeña y mezquina de su ser, que corresponde a sus intereses egoístas. El individuo, portador de valores eternos, no entrará jamás en conflicto con la nación, puesto que lleva en su foro íntimo, en su alma, los ideales de grandeza y de dignidad nacional. Pero el individuo de los individualistas se asemeja mucho más a un ave de rapiña, que no ve en la comunidad nacional más que un me-

dio de satisfacer sus propios placeres e intereses. Este individuo alienado constituye un permanente peligro para la Nación, porque es un agente de descomposición y de desintegración de aquélla.

3. *La enajenación de la clase obrera*

Otro punto de fricción de la nación es la clase social. Los enemigos han descubierto que la clase social, tratada ideológicamente en un cierto sentido, se puede convertir en una materia inflamable, capaz de incendiar todo el edificio nacional. Han procedido con la clase social, igual que con el individuo desarraigado del complejo social. Han arrancado la clase social del Estado nacional y han desviado su trayectoria, transformándola en un instrumento de lucha contra la nación. La justicia social, afirma la propaganda comunista, no se puede realizar más que mediante la lucha de clase contra las clases pudientes, y para que esta lucha pueda concluir victoriosamente, es decir, con la emancipación de la clase obrera, debe tomar un carácter universal, tiene que desarrollarse al mismo tiempo sobre toda la tierra, en todas las naciones, pasando por encima de las fronteras y de los intereses nacionales.

Los movimientos nacionales contestan a la agresión comunista en el plan social con la unidad y la integridad de los pueblos. Por grande que sea la razón de la clase obrera, ella no tiene el derecho de pasar por encima del cadáver de la nación para mejorar sus condiciones de vida. En

este aspecto, disponemos de una célebre réplica de Cornelio Codreanu, que establece los límites entre los cuales se puede librar la lucha en pro de las reivindicaciones sociales:

«No basta vencer al comunismo; también es necesario luchar por los derechos de los trabajadores. Tienen el derecho al pan y el derecho del honor. Es necesario que luchemos contra los partidos oligárquicos, creando organizaciones obreras nacionales.»

«No admitimos que ninguna entente o consejo levante sobre tierra rumana otra bandera que la de nuestra historia nacional; por mucha que sea la razón que pueda tener la clase obrera, no admitimos que se levanten más allá o contra las fronteras del país; nadie admitirá que para lograr tu pan, destruyas o entregues a una nación extranjera de banqueros y de usureros todo lo que han acumulado los esfuerzos dos veces milenarios, de una raza de trabajadores heroicos. Tus derechos, dentro del cuadro de los derechos de la nación a que perteneces.»

«Pero tampoco admitimos que, al socaire de las fórmulas tricolores, se instale una clase oligárquica y tiránica sobre las espaldas de los trabajadores de todas las categorías y se les arranque literalmente la piel, agitando continuamente las ideas de una Patria que no aman, de un Dios en el que no creen, de una Iglesia en la cual no entran nunca y de un Ejército al que lanzan a la guerra con las manos vacías.»

4. *El pecado de la clase pudiente*

Pero no tenemos que acusar solamente a los obreros de tendencias centrífugas. No debemos imaginarnos que solamente la clase obrera puede ser atraída y seducida por los enemigos para que se levante en armas contra la Patria. También las clases pudientes y adineradas pueden cometer el mismo pecado. Ellas también pueden desertar del seno de la nación para ponerse al servicio de las fuerzas que persiguen su destrucción. La alta burguesía nacional, poseedora del capital, en su sed de beneficios, contrata a menudo alianzas de negocios bastardos, con elementos hostiles a la stirpe, representando al capital internacional. Mas, como el capital nacional representa siempre la parte más débil de las grandes empresas mixtas, los autóctonos se convierten en anexos del capital internacional. Sobre esta hilera de las combinaciones financieras e industriales, el capital internacional penetra masivamente en la economía nacional, llegando incluso a dominarla. El hecho es empero mucho más grave, puesto que el capital internacional, mediante la fuerza económica de que dispone, logrará ejercer su influencia igualmente en la vida pública. Una vez entrado en el juego de las fuerzas políticas, el capital internacional originará daños irreparables al Estado nacional, ya que este capital, en apariencia sin patria, vagabundo y multinacional, en apariencia atraído de un lugar a otro y obsesionado solamente por la idea del beneficio, sirve en realidad a los intereses del comunismo mun-

dial. En algún sitio, arriba, en la cima, en un lugar desconocido, los pontífices del capital internacional se reúnen con los pontífices de la conspiración comunista y elaboran planes comunes para subyugar los pueblos. La clase pudiente nacional, en la mayoría de las veces, sin darse cuenta de las peligrosas combinaciones en que ha entrado, empuja al país bajo el control del capitalismo internacional, el cual, a su vez, no hace otra cosa que preparar el camino para la instalación del comunismo en el poder. La idea de beneficio y de la ganancia ilimitada no sometida a ninguna norma moral y religiosa, conduce de manera fatal a relaciones peligrosas, que sirven luego de «caballo de Troya» para la penetración del comunismo en la fortaleza.

Esta especie de subversión, que se propaga por mediación de los hombres de negocios, es mucho más peligrosa que la lucha de clases (sobre la que sabe el mundo que se halla instigada por los comunistas), ya que es mucho más difícil de detectarla. En una sociedad materialista, ¿quién resiste la tentación del dinero, venga de donde venga, cuando se presenta bajo la forma de una oferta atractiva del capital extranjero, que seduce por sus grandes beneficios? ¿Quién se detiene a sopesar las servidumbres que impone el capital extranjero tanto a la persona que concluye el negocio como al país, cuando ve las perspectivas de un rápido y fácil enriquecimiento? Si miramos desde otro ángulo, es decir, el de la lucha de clases, el obrero es un hombre sencillo, azotado por necesidades y dificultades familiares, sin el bene-

ficio de una instrucción más alta. Su caída en el pecado de traición de la patria es más fácil de explicar. Pero no existe ninguna justificación para los privilegiados de la suerte, para aquellos elementos de la clase pudiente que fraternizan con el enemigo solamente por las ansias de poseer cada vez más, puesto que estos elementos no sufren de hambre, ni de frío, ni están preocupados cómo llegar al final del mes.

5. *Los intelectuales*

Ni los intelectuales, aquellas personas que se supone ser los más inmunes ante las influencias nocivas, debido a su escogida cultura y a su profundo conocimiento de los valores de nuestra civilización, no se hallan al abrigo de alteraciones y degradaciones. Las potencias del mal ejercen también sobre ellos fuertes presiones para determinarles el ceder frente a las ideologías nihilistas y destructivas. Ellos pueden ser captados por las corrientes disolventes, precisamente por el camino de sus altas preocupaciones de índole espiritual. Los escritores, los artistas y los creadores de todas las categorías se mueven en el mundo de las ideas. Pero las ideas son algo fluido, no tienen consistencia y surgen abundantemente. Un cerebro calenturiento e imaginativo puede construir con sus ideas las más inverosímiles teorías sociales, político-económicas, artísticas y culturales —como fue el contrato social de Rousseau— que, en el fondo, es un absurdo, puesto que en

ningún momento en la Historia se registró una sociedad humana que se haya formado a través de un contrato. La conspiración comunista especula precisamente esta inclinación de los intelectuales de alejarse de la realidad y de confundir el mundo de su imaginación con la realidad propiamente dicha. Y, entonces, infiltran, por mediación de millares de canales de los que disponen, en el medio ambiente cultural de la nación aquellos conceptos que debilitan la cohesión nacional. Los hombres de la nobleza cultural, no advertidos y desacostumbrados a pensar sobre realidades, encerrados en el mundo de sus ideas, se apoderan de estos sutiles venenos, de estas drogas intelectuales, y las difunden en el organismo nacional. Así, sin darse cuenta, considerándose al servicio de una alta vocación espiritual, se convierten en realidad en el vehículo de destrucción cultural de su propia nación.

6. *Del regionalismo al separatismo*

Otro tema de agitación, que aprovecha el enemigo para subminar la unidad de una nación, es el provincialismo o el regionalismo, esos residuos históricos de unas épocas desaparecidas. Todas las naciones han pasado por el mismo proceso de formación. En torno a un centro espiritual y político, han gravitado una serie de poblaciones y regiones, las cuales, hasta entonces, vivían en estado de independencia, de vasallaje o incluso incorporados a otros Estados. Los provincias ruma-

nas, Muntenia y Moldavia, han vivido durante siglos como principados independientes, han luchado a menudo una contra otra, hasta que han llegado a la conciencia de pertenecer al mismo pueblo. Apenas en 1859, han renunciado a su regionalismo y se han fundido en un Estado unitario y sólo en 1918, todas las provincias rumanas, han podido desprenderse de los imperios extranjeros en los cuales se hallaban englobadas, para formar la Rumania Grande.

Desde el Santuario de Covadonga se inició el proceso de formación de la nación española, que ha concluido con la conquista de Granada y de Gibraltar. Se ha necesitado siglos para que las diversas provincias y regiones de España superasen un patriotismo local o dinástico —lo que representaba un estado político primitivo—, para reunirse bajo la bandera de los Reyes Católicos.

Ciertamente que cada provincia y cada región poseen sus propias características y sus virtudes, que se reflejan en su idioma, costumbres, tradiciones y cultura. Las culturas regionales y todas las creaciones folklóricas deben de ser tratadas por parte del poder central con toda la solicitud, ya que representan, de hecho, un tesoro nacional. La uniformidad es antinatural y contraproducente también en el plano político. Pero en las divergencias que pudieran surgir entre lo local y lo central, entre las provincias y el Estado nacional, también se mezclan los comunistas, con sus infiltraciones y con sus planes de sumisión de los pueblos. ¿Qué hacen los comunistas? Incitan las partes consti-

tutivas de la nación, las provincias, las regiones, para rebelarse y separarse del poder central. Por lo tanto, desvían las legítimas aspiraciones de unas provincias para que se les sean respetadas sus propias peculiaridades, por un camino peligroso para la unidad e integridad de las naciones. Los que se colocan al frente de éstas acciones perjudiciales para el Estado Nacional, si obran de buena fe y no son unos instrumentos del enemigo, olvidan que la Nación es el resultado de un proceso de siglos, en que han participado todas las provincias, y cada una de ellas tiene su parte de responsabilidad en la constitución de la Unidad Nacional. Volver a lo que se ha sido en el pasado, significa negar la validez de un proceso histórico multi-secular, sería volver a un estado político retrógrado y primitivo, que no sirve a nadie, ni a nada, ya que las provincias, separadas de todo, no se pueden sostener por sí solas y serán tragadas por otros complejos políticos.

Todos los separatismos que se manifiestan hoy en día en Europa, son sostenidos por la oculta mano comunista. Existe incluso un plan soviético, conforme al cual, después de que toda Europa haya caído bajo el yugo de Moscú, se procederá a la supresión de los Estados nacionales, y, encima de sus ruinas, se levantarán una serie de Estados pequeñitos, impotentes, una serie de minúsculas repúblicas soviéticas, constituidas por un mayor número posible de provincias y regiones. Por consiguiente, se volverá a la situación anterior a la formación de los Estados nacionales; en vez

de Francia, Italia, Alemania, España, asistiríamos al nacimiento de un Estado bávaro, un Estado burgundo, un Estado bretón, un Estado provenzal, un Estado catalán, un Estado vasco, uno siciliano, un Estado piamontés, sardiniano, etc. Es mucho más fácil para Moscú de gobernar algunos Estados pequeños, en vez de hacer frente a grandes unidades nacionales. Es un juego extraordinariamente peligroso por parte de aquellos que se imaginan que pueden especular con la actual conyuntura mundial, en perjuicio del Estado Nacional. No tendrán ni su Patria grande, ni su Patria pequeña, sino que terminarán sus días en el imperio del horror y de la muerte, en algún lugar de la estepa siberiana, diciendo: ¡adiós! para siempre a las orillas soleadas del Mediterráneo.

7. *Ruptura entre generaciones*

El comunismo y sus anexos en el Occidente han examinado también las posibilidades de intervenir en la cadena de las generaciones que vinculan el pasado con el futuro de una nación. Ellos han pensado que si pudieran provocar una ruptura entre generaciones, si pudieran introducir una solución de continuidad entre ellas, entonces podrían captar una fuerza inmensa para sus tenebrosos fines. Especialmente, después de la Segunda Guerra Mundial, los comunistas han librado una gigantesca batalla para apartar las nuevas generaciones de su trayectoria nacional. Su meta es la de poner en conflicto las nuevas generaciones

con la vieja generación, convenciendo a los jóvenes para escoger otro camino, distinto de los viejos, bajo el pretexto de que éstos son caducos, son pasados de moda, esclerizados, anquilosados, que no ven ya claramente el futuro, que no son capaces de adaptar la nación a las nuevas condiciones de vida. La vieja generación, les dicen, por egoísmo y por miopía política se agarra al poder, cuando debería dejar sitio más temprano a la juventud llena de energía, que posee otra perspectiva de la existencia, mucho más eficaz, para salvar el porvenir de la nación. Los jóvenes se hallan fustigados, excitados por las fuerzas ocultas, para pasar por encima de la experiencia y la madurez de las viejas generaciones, y para instalarse ellos al timón del país.

La juventud, por su propia estructura, es revolucionaria. Ella desea anhelar algo nuevo, un nuevo ideal, una nueva fe, a la cual consagrar su generosidad y afecto. La juventud no puede ser tratada conforme a la fórmula «panem et circenses». Los comunistas especulan con la pasión de la juventud para el sacrificio, para entregarse a un ideal. Y como la sociedad occidental no ha ofrecido a la juventud más que «panem et circenses», después de la Segunda Guerra Mundial, es decir, una posición económica cómoda, que le proporciona una multitud de placeres y satisfacciones, entonces sus energías desbordantes se han dirigido hacia otra parte. Se ha producido un vacío ideológico en la nueva generación, del que se han aprovechado los comunistas. Pero la principal responsabilidad

no recae sobre la nueva generación, sino sobre aquellos dirigentes pertenecientes a la vieja generación, que, deteniendo los frenos del poder, no supieron, en el momento oportuno, guiar los pasos de los jóvenes hacia un ideal militante.

¡Esta es la explicación de la desorientación con la que forcejea la juventud de todos los países europeos!

Pero con esta explicación, no queremos justificar la actitud de la nueva generación, puesto que ella también es responsable del porvenir de una nación. Normalmente entre la vieja y la nueva generación, tiene que existir una continuidad perfecta, de tal modo que los más viejos confíen a los más jóvenes el patrimonio nacional en condiciones óptimas, para que éstos lo transmitan a su vez, a otra serie de hombres. Ninguna generación puede pretender que ella sola es el dueño absoluto del país y que puede disponer de él a su antojo. Dueño del país es la nación eterna, y el papel de cada generación es de aportar su contribución al proceso histórico de la nación.

8. *Posición justa de la juventud*

¿Cuál es la posición justa en esta disputa entre las generaciones? La nueva generación no puede seguir, palabra con palabra, las consignas políticas heredadas de la vieja generación. Cada nueva generación es llamada a aportar su propia contribución a la Historia y a la Cultura de la nación. La nueva generación puede entrar incluso en con-

flicto con la vieja generación sobre cuestiones de doctrina, sobre cuestiones de gobierno y de Estado, pero solamente en un solo caso: cuando observa anomalías en la gestión política de la vieja generación, cuando descubra en la clase dirigente signos de decadencia, que, de seguir, pueden conducir a la pérdida de la independencia nacional. Entonces la juventud puede expresar su descontento, incluso con toda la vehemencia, se puede rebelar y hasta hacer revoluciones, para eliminar del poder a la clase dirigente, incapaz y corrompida. Entonces tiene el derecho e incluso el deber de levantarse sobre las barricadas, para defender el «ser» del Estado Nacional. Así procedió José Antonio Primo de Rivera, en el período de la República. El intuyó el peligro de la instalación de una república moscovita en Madrid, y dirigió su llamamiento ardiente a la juventud. Cuando aparece un caso semejante de amenaza nacional, entonces debe jugarse todo a una sola carta. Sin una salida heroica, sin un «18 de julio», la nación española hubiese caído en el cautiverio de una potencia extranjera.

La juventud puede hacer revoluciones, pero solamente revoluciones justificadas por los grandes intereses nacionales. Cuando ocurre este hecho temerario, la nueva generación no persigue en realidad la destrucción del orden nacional, sino, por el contrario, quiere restaurar este orden, reponer a la nación en sus derechos soberanos. En este caso, la juventud no es una juventud anárquica, como a menudo se la acusa por parte de los de-

tentadores del poder, sino una juventud patriótica, conciente y lúcida, que se opone a la disgregación, que venía observando en la vieja clase dirigente. La vieja generación, no vivirá ya mucho. Desaparecerá, pero ellos, los jóvenes, tienen toda una vida por delante y, entonces, el problema que se les plantea es: ¿Qué país van a heredar? ¿Será el viejo país, conocido desde los antepasados, o será un país devastado y profanado por las hordas bolcheviques? En este caso, por tanto y, solamente en este caso, cuando se observan signos irremediables de descomposición en la clase dirigente, evolución que sólo puede conducir al desastre nacional, la juventud puede desobedecer las leyes y hacer un esfuerzo revolucionario, para restablecer la situación, como ocurrió el «18 de julio». Cuando ve que la vieja generación se halla a punto de enajenar el patrimonio nacional, entonces puede salir de las filas, convirtiéndose en una generación no conformista, áspera, heroica, dispuesta a todo, para la salvación de la Patria.

Pero la juventud no se puede rebelar por unos ideales ajenos. No puede pisotear el imperativo nacional. La juventud debe permanecer fiel a la línea nacional y cristiana y, solamente bajo este criterio, tiene que actuar en la vida pública. La juventud puede entrar en conflicto con la vieja generación, puede incluso padecer persecuciones y muertes por parte de los detentadores del poder, pero no para ser mercenarios de unas banderas ajenas, y no para impulsos y conceptos que recibían desde fuera de las fronteras. No se pueden

comprometer en revoluciones a favor del marxismo, trotskismo, liberalismo, para la civilización de las drogas, por el maoísmo y otros «ismos». Es ridículo, y significa que se carece de la más elemental inteligencia apartarse de la Historia de su Patria para buscar la salvación en fórmulas de importación, adquiridas sin ningún discernimiento, y cuya implantación en la nación le puede ser fatal! ¿Dónde está el orgullo de una generación? ¿Dónde está su propia afirmación, cuándo se contenta con imitar unos productos ideológicos procedentes de fuera de su país, que no tienen nada en común con la Nación a la cual pertenecen? Existen ciertos imponderables que debe respetar la juventud, cuando se lanza a la vida pública, imponderables que emanan de la nación eterna.

En realidad, las generaciones no se separan biológicamente, viejos y jóvenes, como quisieran los enemigos, sino espiritualmente. Las generaciones que sirven a su estirpe, que forman un cuerpo y un alma con sufrimientos y sus aspiraciones, descienden de una sola generación y no varían en su esencia, sino en su color local, reflejo de la época en la cual viven. Existe una generación-tipo de una nación, una generación que encarna su genio creador, que se ha fijado y establecido, una vez para siempre, en el transcurso de la Historia y expresa al máximo las virtudes de un pueblo. En lo referente a España, podríamos señalar como generación de base, subyacente a todas las generaciones biológicas, generación inmutable e irreversible, en la que se ha condensado el carácter entero espa-

ñol a la generación del Cid. Esta generación representa al patrón-oro de la nación española. En la medida en la cual las generaciones, en carne y hueso, que se suceden a lo largo del tiempo, se acercan o se alejan de este tipo de hombre, representado en la epopeya del Cid, en la misma medida las generaciones son leales al destino universal de la nación, o son generaciones que han abandonado el camino del honor nacional.

Y, entonces, ¿qué lección puede asimilar la juventud? Tiene que recorrer sobre la vertical todo el transcurso de la Historia, para descubrir aquellas generaciones y aquellas figuras que han cumplido con su deber para con la estirpe y que le sirvan de ejemplo, para vencer las dificultades del momento actual. La juventud de hoy en día, sin tener en cuenta la época, la generación y la edad, se sentirá contemporánea con todos aquellos hijos del pueblo que han asegurado, con su sacrificio y con su trabajo, la continuidad histórica y cultural de la nación.

Los jóvenes de hoy formarán un mismo frente con hombres de edad más avanzada y con todos aquellos héroes que les hayan precedido a lo largo del tiempo. Desde Don Pelayo, hasta José Antonio Primo de Rivera, existe de hecho una sola generación, la generación metafísica de España. Un joven, caído en las redes engañosas del enemigo, es de hecho un viejo, ya que las supuestas nuevas ideas que le han acaparado, como el liberalismo, el marxismo, el leninismo, son viejas y desfasadas, perteneciendo al siglo pasado; y un

viejo que levanta la espada, en defensa de la estirpe, ¡es de hecho joven! Se trata de aquella juventud eterna de la estirpe, aquella juventud sin vejez, de la cual gozan solos los que tienen la visión de un ideal. José Antonio murió joven, pero ahora a los cuarenta años desde su muerte, su influencia permanece igual de poderosa en la nación, mucho más fuerte que la de muchos jóvenes que han perdido su brújula espiritual.

9. *Alteración del Estado*

Otra desgracia que acecha a las naciones, es la alteración de las relaciones entre la Nación y el Estado. Normalmente, el Estado es un instrumento al servicio de la Nación, un portador de sus aspiraciones y de sus ideales. La nación elabora los objetivos por alcanzar, las etapas políticas que se deben recorrer, y confía al Estado la tarea de realizarlas. El Estado es la nación organizada con el fin de cumplir las empresas históricas, económicas, culturales, etc., que ella misma se ha fijado. El Estado, es un valor intermedio, cuyo papel es de servir para el cumplimiento de los grandes objetivos nacionales. El Estado nunca debe levantarse por encima de la nación, y considerarse como una entidad superior a ésta, sino que constantemente debe permanecer en una estricta relación de subordinación a la nación.

Cuando el Estado abandona este papel, cuando no reconoce y no cumple con su misión específica de estar al servicio de la nación, entonces pierde su legitimidad política y jurídica. El Estado ha reci-

bido un mandato de la nación. Cuando ignora este mandato o cuando solamente falsifica su significado, conservando las apariencias, entonces entra en conflicto con la nación, y puede convertirse incluso en enemigo de ésta. Las hostilidades se hallan declaradas, y entonces, o bien la nación logra deshacerse del Estado corrompido y perjuro o el Estado se transforma en tiranía y oprime la nación.

Analizamos ahora los tipos de Estado que se alejan de su misión específica. En el orden cronológico, tenemos en primer lugar el Estado demoliberal, así como surgió de la doctrina de Rousseau. Tal como hemos demostrado cuando hablamos del concepto individualista, la nación se halla ausente del Estado de la democracia liberal. Frente a frente, no encontramos más que individuos y Estado. El Estado no detiene ya el mandato de la nación, sino de éstos átomos humanos, que se juntan y se deshacen según su libre albedrío. Y, entonces, ¿qué papel tiene el Estado en el concepto individualista? Ser una especie de sereno, como se ha dicho con una muy acertada expresión, pero al mismo tiempo, irónica. Los individuos soberanos no quieren ser molestados en sus sueños, en sus negocios, en sus intereses, por otro individuos turbulentos, o por fuerzas externas que ansían y anhelan sus bienes, y entonces han descubierto que el Estado sirve para eso, es bueno para algo, para asegurar la seguridad personal. Es un mal necesario, como lo han caracterizado otros autores, una especie de comisaría de policía con amplias atribuciones.

En tiempos de peligro, la situación cambia. Apenas entonces se recuerdan los ciudadanos liberales que existe también una nación, no solamente individuos aislados, y apela a su patriotismo, conjurándoles empuñar las armas. Mas una vez establecida la paz, de nuevo la nación es ignorada, de nuevo es eliminada de las preocupaciones del Estado, y los individuos soberanos reanudan su juego irresponsable, considerando que las urnas resuelven todos sus problemas.

El Estado demo-liberal es, por definición, no intervencionista. El no tiene ni la intención ni el poder para imponer a los individuos ciertas obligaciones colectivas, imprescindibles para la sobrevivencia de la nación. Es un Estado mediocre, apático, amorfo, desarticulado, en el cual el comunismo penetra con facilidad y lo socava desde el interior. Como la nación no se halla representada por nadie en el Estado demo-liberal, ya que los partidos son simples aglutinados de intereses individuales, las minorías comunistas no tropiezan con resistencia alguna, en su acción subversiva, puesto que en frente no encuentran más que individuos mezquinos, interesados y timorados... El degradante espectáculo que ofrece actualmente al mundo la Europa democrática es un ejemplo elocuente de la incapacidad orgánica del Estado demo-liberal de defender los intereses vitales de la nación.

Al Estado demo-liberal, anárquico y destructivo, los movimientos nacionales le oponen el Estado portador de ideales, el Estado depositario

de unos bienes morales y religiosos, el Estado mandatario de la nación, el Estado que cumple con una misión histórica.

10. *La Democracia y su peligro*

El tema del Estado demo-liberal, tiene otro aspecto también, que se pierde de vista muchas veces. La democracia no es idéntica con el liberalismo político y económico. La democracia es más bien una técnica de registrar la voluntad nacional. La ideología de la Revolución francesa comprende dos elementos distintos, que, por el hecho de haber aparecido conjuntamente, no tienen una clara delimitación: una nueva técnica de gobierno, la democracia, que se realiza por la mediación del voto, de los partidos y del parlamento, y un nuevo ideal político y social, el individualismo liberal-burgués. La técnica de gobierno demócrata tiene un carácter neutral. Ella puede servir para expresar contenidos políticos diversos. No se trata necesariamente que sea liberalismo. Puede ser nacionalismo, puede ser socialismo. La democracia es un cuadro político neutro, unas reglas de juego que puede soportar los más diversos contenidos ideológicos. La democracia no es responsable del ideal político representado por las diversas corrientes, tendencias y partidos y, de los resultados homologados por su arbitraje. Ella registra las fluctuaciones de la opinión pública, sin que esté en su poder el apreciarlas o influenciarlas. La democracia es más bien un procedi-

miento a seguir en los asuntos públicos, que un concepto de vida. La democracia distribuye oportunidades iguales a todo el mundo, cuando se haya respetada, cuando no recurre a la falsificación de las urnas. En principio, todos los partidos, todos los programas, se pueden enfrentar en el campo de batalla de la democracia. El resultado de la competición, qué beneficios o qué desgracias puede traer para la nación, depende de la sabiduría de los jefes de partidos, y de las virtudes de la colectividad.

Teniendo en cuenta el carácter neutral de la técnica de gobierno demócrata, podemos imaginar en un momento dado que también los movimientos nacionales aceptarán su regla de juego, es decir, transformarse en partidos, y participar en las elecciones, como fue el caso del Movimiento Legionario en Rumania. Ni los partidos políticos representarían el mayor mal en la vida política del país, si estos partidos respetasen los intereses supremos de la nación, si en el programa de todos los partidos figurase como punto común e indiscutible, una quintaesencia de los principios nacionales. Mas ¿qué ocurre en realidad? Falta, precisamente en su programa este elemento supremo, precisamente este axioma nacional. Los partidos políticos olvidan, en la mayoría de las ocasiones, que son unos organismos intermedios, a la disposición de la nación y tienen la tendencia de substituirse a ésta como realidades independientes. Los partidos se desprenden de la base nacional, y de esta forma, se di-

luyen los grandes intereses colectivos y se falsifica el sentido histórico de la Patria.

Podemos ir con las concesiones todavía más lejos, admitiendo incluso que el mal que pueden traer los partidos a la nación, por la ligereza con que tratan sus intereses, puede ser corregido, mediante una intensiva educación política y patriótica, de todos los ciudadanos. Estos, bien instruidos, no van a conceder su voto a las formaciones políticas que se apartan de la línea nacional. Los partidos podrían ser tolerados en este caso, si no surgiese un otro peligro, en la que caen como víctimas, los mismos partidos. Se trata de la francmasonería. Las reglas del juego democrático no son respetadas en ningún sitio de Occidente, puesto que entre los bastidores de la escena democrática, se constituye y se organiza una otra fuerza, la secta masónica, que controla a los partidos políticos, y falsifica la voluntad nacional. Las democracias luchan, afirman sus partidarios, contra los regímenes autoritarios, para restaurar las libertades políticas, pero, en realidad, con su llegada al poder substituyen a la dictadura que combaten con una otra dictadura, infinitamente peor y más odiosa, porque es oculta, porque opera en la sombra y nadie sabe quién son sus jefes ni sus responsables. La democracia, con ciertas correcciones, con la ayuda de un alto entrenamiento cívico del pueblo, sería buena, si, precisamente aprovechando sus libertades, no se organizase la dictadura de la masonería, que la obliga a ejecutar sus consignas. Aquí radica el

máximo peligro de la democracia, no en el sistema, no en los partidos, no en la multiplicidad de los ideales que se enfrentan en la arena electoral, no en el parlamento, sino en la acción de acaparar el Estado, por la masonería. Todos los jerifaltes políticos se dan cita en las logias masonónicas, y de aquí reciben las sugerencias referentes al modo de gobernar, al parlamento y a la política que debe seguirse. Todo sistema democrático se halla viciado, con el tiempo, por la invisible dictadura de la masonería, que, a su turno, es infiltrada y sujeta por la dictadura del comunismo.

Podemos ilustrar la existencia de este gobierno oculto, con el ejemplo del Movimiento Legionario, de Rumania. Desde sus primeras manifestaciones, el Movimiento Legionario se ha comprometido de respetar las leyes vigentes y las reglas de juego de la democracia. Quien no han respetado la Constitución del país, han sido precisamente los partidos políticos, que recurrieron a todas las ilegalidades para impedir el desarrollo de la Legión. En 1937, el movimiento obtuvo un gran éxito electoral y, en las elecciones siguientes, previstas para el mes de marzo de 1938, sin duda alguna, hubiese logrado la mayoría de los votos. Cuando los enemigos comprendieron que el Movimiento Legionario podría conquistar el poder dentro del cuadro de la más pura y perfecta democracia, renunciaron aquéllos a la democracia, se convirtieron en perjuros ante la Constitución, y se transformaron en régimen dictatorial. La

francmasonería, controlada por la conspiración comunista que ha ejercido hasta entonces su influencia oculta en el Estado, por el intermedio del Rey y de su camarilla renunció al juego democrático, cuando éste no le convenía ya, cuando se cernía el peligro de un gobierno legionario y, desde una dictadura disfrazada y secreta, ¡pasó a una dictadura abierta!

11. *El Estado totalitario*

Otro tipo de Estado que contradice la esencia de la nación es el Estado totalitario. En este caso, el Estado sale de la tutela de la nación y se arroga derechos soberanos. El Estado pasa por encima de la relación de su subordinación que debe a la nación. Mientras que el Estado demo-liberal está pecando ante la nación por su debilidad y por su indiferentismo con que trata los grandes problemas nacionales, el Estado totalitario se sitúa al otro extremo, arrancando el cetro de la nación y confiscándole su dirección política suprema.

En el Estado totalitario fascista, la nación no es excluida, sino que se le impone la tutela del Estado, con la justificación que es en su propio interés ceder el paso al Estado, por su propia grandeza. Cómo se explica que Mussolini, que no era un enemigo de la nación, que fue un nacionalista y luchó por su pueblo, colocó la nación por debajo del Estado. El nacionalismo de Mussolini desembocó en imperialismo, y así se explica la

primacía que concede al Estado. Mussolini estaba obsesionado por la visión imperial de Roma. El quería crear más que una Italia poderosa. El perseguía revivificar el imperio romano, al menos en su porción mediterránea. Pero las conquistas que él proyectaba no podían ser incorporadas en el concepto restringido de la nación italiana. Necesitaba un Estado más ancho que el reducido a las dimensiones de Italia. Por esto, Mussolini concebía un Estado a la medida de sus planes grandiosos, considerando a la nación italiana, como una simple base de partida para sus conquistas futuras. Para Mussolini, el Estado se sobrepone a la nación. El Estado absorbe a la nación. La nación se encuentra al servicio del Estado, inversamente como pide la lógica del Estado.

En lo que se refiere al individuo, Mussolini ha caído en el mismo error. En su reacción justificada contra el Estado demo-liberal, ha aplicado al individuo un tratamiento excesivamente riguroso. El dice que el individuo no existe, sino en el Estado y debe someterse a las necesidades del Estado. Es bien conocida la fórmula de Mussolini: «todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado». Es una exageración. El individuo no puede cumplir con su misión creadora, si se encuentra apretado sin posibilidad de movimiento, en los moldes del Estado. En la concepción mussoliniana el individuo no existe como entidad aparte del Estado, sino absorbido por la estructura de éste. Nunca actúa solo.

Al tratar el problema del Estado, Mussolini ha

sido menos afortunado que en el de resolver el problema social.

¡Cuán lejos está la concepción de José Antonio que levanta al individuo al rango de un ser privilegiado en el Estado! En verdad, el individuo, portador de valores eternos, crea a la nación y la introduce con él en el Estado. Debido justamente a su contribución individual, él representa una pieza esencial en la organización del Estado. No el individuo —átomo de las democracias— capaz de entrar en cualquier combinación política, incluso hostil a su nación, sino el individuo —persona humana— desplegado en vuelo con todas sus valencias creadoras, en las que se encuentra asimismo el componente nacional. El individuo cuando penetra en el Estado, es un intérprete de la nación eterna, con sus intereses permanentes. Por tanto, no la anulación del individuo, sino su potenciación al maximum, proclama José Antonio.

En el Estado totalitario comunista, la situación de la nación es infinitamente peor. Ni siquiera se puede hablar sobre qué tipo de relación mantiene el Estado con la nación, puesto que no tiene relación alguna. El Estado comunista es un estado vaciado de substancia nacional. La nación ya no existe, más que bajo la forma de un rebaño de esclavos. El Estado comunista lleva un rótulo: Rumania, Hungría, Polonia, Bulgaria, pero, en realidad, la nación que figura sobre su frontispicio, no tiene ninguna participación política en su construcción, no entra, en ninguna

forma en sus órganos dirigentes. En el totalitarismo rojo, la nación es completamente eliminada del Estado y sustituida por el partido comunista, que usurpa sus derechos y sus funciones. Este partido, —el partido comunista—, no es ni siquiera un partido nacional, no se formó en las filas de la nación, y no sufre comparación alguna con los movimientos nacionales. El partido comunista es un partido cosmopolita, una sucursal de la Internacional Comunista.

En los regímenes comunistas, no existe de hecho ni el Estado nacional ni la nación, sino un gang internacional que se ha convertido en el amo sobre los resortes del Estado, mediante el engaño o por las fuerzas de las armas. No es preciso insistir sobre el lugar que ostenta el individuo en el Estado comunista. Si la nación es maltratada del modo más bárbaro, nos imaginamos lo que ocurre con sus miembros aislados, los cuales no encuentran apoyo alguno y protección por parte de un régimen comunista.

12. *La crisis total de la Nación*

Pero, todavía más grave, casi desesperada es la situación política de una nación, cuando pierde el contacto con su misión histórica. La misión de una nación en la Historia no es algo secundario, del que nos podemos deshacer o al que podemos subsistir por algún que otro suceso. Es el factor que perfecciona la imagen de una nación, que le fija el camino que hay que

seguir en la Historia. Es su estrella polar. Cuando una nación no reconoce la misión que se le ha encomendado por parte de Dios, es como si perdiera su brújula histórica. Entonces titubea en la oscuridad, no sabe distinguir el camino a seguir. La nación avanza por azar, azotada por todo el oleaje de la Historia, como un barco sin timón. La gente, desorientada, mira el futuro ¡con miedo!

A falta de una misión histórica, el Estado se degrada, se coloca en el papel subalterno de una administración. Incluso una buena administración empero no puede sustituir a la gran política, que es guiada permanentemente por la estrella del destino nacional. ¿Qué ocurre entonces? La nación se descompone en el material del cual se formó a lo largo de los siglos. El vínculo invisible, de índole espiritual, que mantiene juntas a las regiones, las clases sociales, los individuos, las familias, las profesiones, se debilitan, y cada parte toma su libertad de acción.

El destino histórico es el cimiento de una nación, es su principio vital. No es la economía en sí, la que mantiene en pie a una nación, ni su cultura, ni su administración, y ni siquiera el Ejército. Todas estas instituciones reciben su soplo de vida de la gran misión, así como no puede existir vida sin luz del Sol. Al cesar la acción regeneradora del ideal nacional, los individuos no se reconocen más en el seno de la Patria, ni las regiones, ni las clases, ni las profesiones y ni incluso las familias. Cada uno camina con sus intereses, con sus conceptos, con su mundo.

Y entonces empieza la desbandada en la vida de la nación. Se inicia su proceso de descomposición. La nación da signos de cansancio y muere paulatinamente, porque no recibe ya la luz que le ilumine, porque le falta la atracción de un ideal. ¿Para qué vivimos juntos? ¿Por qué somos franceses, alemanes, españoles, rumanos, etc...? Si se tratara de intereses individuales, igual de bien podíamos vivir también en otros países. Por lo tanto, si insistimos a vivir juntos, ¡por algo será! Cuando los dirigentes de un país no mantienen al pueblo en un estado de permanente tensión histórica, para alcanzar una meta trazada, entonces las partes integrantes van a la deriva, y la nación empieza a crujir por todos los lados. Entonces, hacen su aparición los individualismos, los separatismos, las luchas de clases, las primacías de los intereses económicos, las infiltraciones extranjeras. Los individuos no pueden ser movilizados para la defensa de la Patria, ¡sin un ideal! Al no señalar con toda claridad, por parte del mando, el ideal nacional, los individuos buscan sustitutos de ideales, de un nivel inferior, o ideales sugeridos por los extranjeros.

La crisis de las naciones se debe, en primer lugar, al hecho de haber sido abandonadas a vivir sin un ideal. De hecho, ya no viven. ¡Vegetan! Son cuerpos sin alma. No saben por qué viven, hacia dónde van. A falta de un ideal, la esfera dirigente ofrece al pueblo sucedáneos de ideales, como es el bienestar económico, y cuando la economía de un país sufre un contratiempo, el pánico se

apodera de la nación. Cuando las naciones viven pendientes exclusivamente de los bienes materiales, y cuando éstos empiezan a escasear, entonces los hombres sienten que todo se derrumba a su alrededor. Mientras tanto, una nación dotada de un ideal potente, resiste victoriosamente una crisis económica. Cuando no posee la abundancia de antaño, se aprieta el cinturón, sabiendo sacrificarse por un bien superior al bienestar material, a la patria, que se halla en la base de todas las felicidades, inclusive aquellas de tener una existencia material asegurada. El ideal es el «Patrón-Oro», de las naciones. Con él se mide el valor y la riqueza de una nación, los éxitos y sus derrotas.

Las naciones occidentales, carentes desde hace mucho tiempo de la acción bienhechora de un ideal, han llegado a un estado de degradación tan agudo, que ya no reconoce al enemigo que les acechan. Ni siquiera se atreven a pronunciar su nombre. Carlos Schmitt, que fue un teórico del nacional-socialismo, ha dejado unas cosas interesantes, que merecen ser retenidas. Decía que «la política exterior, es primordial en la vida de una nación», y, que «el deber principal de una jefatura de Estado es aquella de identificar al enemigo y enseñarlo a la nación». El enemigo potencial, bien entendido, que puede convertirse mañana en una grave amenaza. ¡Qué gran pueblo eran los romanos, que con cien años de antelación, habían identificado a los cartagineses, como su enemigo mortal, al que combatieron hasta su

aniquilamiento! Y, hoy día, asistimos a este espectáculo aturdidor, cuando la Unión Soviética proclama, bajo nuestra mirada, su decisión de destruir al mundo libre, y nadie se atreve a pronunciar ni siquiera el nombre del agresor. Por el contrario, se busca minimizar esta amenaza mortal e inminente, mediante la conclusión de pactos con el enemigo, mediante convenios coexistencialistas, a pesar de que se sabe muy bien que Moscú no renunciará jamás a sus planes de dominación mundial y, en el momento oportuno, saldrá de su escondrijo para aplastar sin piedad a los pueblos que han confiado en su palabra y en su firma.

V. EL SENTIDO DEL NACIONALISMO

1. *El nacionalismo unificador de la Patria*

Una vez clarificada la estructura de la nación y conocida su vida íntima, volvamos al problema del nacionalismo, que constituye el tema principal de nuestro estudio.

El nacionalismo es la expresión de la totalidad nacional y nunca de unas partes o fragmentos de la misma. Es un factor de integración de todas las provincias y regiones. Una región, una provincia, no puede ser nacionalista, el término es equivocadamente empleado, porque éstas entidades no son naciones, sino solamente territorios o poblaciones que han fusionado entre ellas para formar el conjunto de una nación, en el curso de un largo proceso histórico. Las provincias y las regiones pertenecen al primer estadio de creación de las naciones, cuando solamente existía un material de base, esperando su fusión. Las provincias y las regiones no son más que los ladrillos que entran en la edificación de las naciones. La nación tiene una arquitectura distinta de sus elementos componentes. Ella no es ni individuo, ni clase, ni región, sino algo totalmente aparte, que incorpora

todos estos fragmentos en un orden nuevo y una nueva perspectiva.

El nacionalismo es un estado de suprema conciencia al que ha llegado una comunidad humana, que sobrepasa todas las aspiraciones locales, provinciales o regionales. El nacionalismo unifica la diversidad etno-geográfica de un país, dándole un sentido de realización espiritual. El nacionalismo posee una dinámica propia, independiente de la de sus partes componentes. La nación no es algo estático, no es algo fijo, no es algo definitivamente contorneada del primer momento, sino que está haciéndose continuamente. El nacionalismo es la tensión creadora de la nación que empuja sus fuerzas a realizar sus finalidades.

2. *El nacionalismo y lo nacional*

El nacionalismo no es algo distinto de lo nacional. Los movimientos nacionalistas pueden ser igualmente denominados movimientos nacionales. pero hay modos de pensar cuando no podemos evitar el empleo de los términos «nacionalismo» y «nacionalista». Si el apego de un patriota a su patria, se llama «patriotismo»; si un individuo afiliado a la doctrina marxista, se llama «marxista» o «comunista»; si la fe de un cristiano se llama «cristianismo», la de un mahometano «mahometanismo», no existe motivo alguno de no decir de alguien que se adhiere a los principios de la nación, que es un «nacionalista». No debemos dejar que se crea un clima de confusión alrededor

de este noble y leal vocablo, por que perdamos un aliado fuerte en la lucha contra el comunismo.

De otra parte, el término «nacional» refleja una imagen pálida de la patria, porque ha sido desmonetizado por los partidos democráticos. En todos los países europeos, han existido partidos que se llamaban «nacional-liberal», «nacional-campesino», «nacional-demócrata», «nacional-conservador», «nacional-radical», etc. Pero todos estos partidos, que se declaraban «nacionales», en realidad, representaban intereses de clase. Ninguno de ellos se preocupaba de la totalidad nacional. Se denominaban «nacionales» para atraer el electorado, especulando con el sentimiento nacional. De este modo, «lo nacional» ha perdido mucho de su vigor inicial, siendo degradado por la duplicidad de los partidos. El vocablo «nacionalismo» tiene una carga emotiva y energética mucho más fuerte que «lo nacional» cosa que no debemos descuidar, y particularmente hoy día, cuando se trata de ser o no ser de las naciones. Por eso, cuando personalidades o grupos políticos han querido realizar una gran empresa nacional o alertar el pueblo sobre un inminente peligro siempre han hecho llamamiento a su «nacionalismo».

El nacionalismo —como he mencionado anteriormente— ha pasado por dos etapas, que se observan muy bien en la historia de los pueblos europeos. La fase del nacionalismo extensivo, que ha conducido a la creación de los Estados nacionales. Este tipo de nacionalismo se concluye con la realización de una unidad territorial de una na-

ción. Si las naciones después de alcanzar sus fronteras étnicas, se repliegan sobre sí mismos para preocuparse más de cómo organizar mejor sus recursos físicos, morales, espirituales y políticos, entonces han entrada en la fase del nacionalismo intensivo. Solamente este tipo de nacionalismo forja la personalidad histórica y cultural de una nación. Los partidos políticos democráticos generalmente no salen del concepto del nacionalismo extensivo, territorial, y por esto no pueden nunca llegar a comprender la verdadera esencia de la nación, haciendo del «nacional» una caricatura de la nación.

3. *Las características del nacionalismo*

Vamos ahora a ver cuales son las características fundamentales del nacionalismo frente a otras ideologías, frente a otras corrientes políticas.

a) El nacionalismo es *conservador*, pero no debe confundirse con un partido conservador. El nacionalismo vigila a la conservación del patrimonio histórico, espiritual y cultural de una nación. Una nación sufre muchos cambios en sus constumbres y en sus instituciones con el paso del tiempo, pero una cosa debe ser guardada sin alteraciones: su personalidad histórica. El yo colectivo de una nación debe ser transmitido en estado puro de una generación a otra. Cuando el santuario espiritual de una nación es profanado, aquella nación es herida de muerte y su fin está

cerca. El nacionalismo se opone continuamente a este proceso de desagregación de los pueblos, que puede ser producido sea por unas debilidades propias sea como consecuencia de unas influencias peligrosas extranjeras. En este sentido es conservador el nacionalismo, y no porque defienda unos privilegios injustos.

b) El nacionalismo se puede presentar, en un determinado momento, como una *reacción* frente a unas alteraciones o anomalías que se producen en el cuerpo de la nación. El nacionalismo reacciona con vigor cuando los valores eternos son atacados o sustituidos con ideas ajenas y peligrosas para la existencia de la nación. Pero no es «reaccionario», es decir no lucha para la restauración de unos privilegios de clase o de unas instituciones rebasadas por el momento histórico.

c) El nacionalismo puede ser *revolucionario* en determinadas circunstancias y puede desencadenar incluso revoluciones para conquistar el poder. Pero no es un adepto sistemático de la violencia, no es revolucionario como principio de acción en la vida política. El nacionalismo recurre a la revolución solamente «in extremis», es decir, cuando no le queda otra solución para salvar la existencia de su nación. Cuando una nación está a punto de caer en las garras de sus enemigos, como pasó en España en 1936, entonces la postura revolucionaria está plenamente justificada. En circunstancias trágicas cuando, como única salida para salvar la existencia de una nación, no pueda más que la revolución, el nacionalismo

tiene el derecho, y más aún, tiene el deber de arriesgar una revolución.

d) El nacionalismo tiene una visión completa y armónica de la nación, es decir que abarca a toda la nación, con todos sus nombres y todas sus tierras. Pero *no es totalitario*, en el sentido de identificarse con la fórmula del Estado totalitario. El nacionalismo no es el exponente de una clase social, no es el exponente de una región, no es exponente de unos intereses económicos, sino que manifiesta la misma solicitud paterna para todas las realidades nacionales. El nacionalismo contempla a la nación desde su cima, desde aquella región ideal que se eleva mucho por encima de los intereses particulares. El nacionalismo se puede asemejar al vuelo de un águila, que voltea majestuosamente sobre paisajes, casas y hombres. El nacionalismo capta algo del misterio de la nación, y desde éste centro dirige sus destinos.

e) El nacionalismo es *un valor universal*. Todas las naciones, sin excepción alguna, son nacionalistas, aún cuando, a veces, no reconocen esta cualidad, o bien la esconde. Cuando una nación deja de ser nacionalista, es decir, cuando ya no afirma su personalidad creadora en la historia o en la cultura, no es más una nación. Pero debemos precisar que la universalidad nacionalista no es una idea supra-nacional, idéntica para todos los pueblos, sino que ella varía en contenido de una nación a otra. Cada nación produce su nacionalismo específico, *sui-géneris*, diferente del

nacionalismo de otras naciones. El no es transferible de una nación a otra, y toda imitación de un nacionalismo ajeno impide el desarrollo normal de una nación. El nacionalismo de importación es rechazado por la nación. Así ha ocurrido con las tentativas de transplantar el fascismo, o el nacional-socialismo, en otros países. La experiencia no tuvo éxito.

f) El nacionalismo es un valor *muy antiguo*. Como doctrina se ha desarrollado solamente en la época moderna, empezando con el final del siglo XVIII, pero como estado de espíritu, como realidad vivida, aparece desde las orígenes de la Historia. Los sumerios, el primer pueblo identificado gracias a la arqueología, se han manifestado como un grupo social cerrado, con características étnicas propias, culturales, religiosas y socio-económicas. No podemos pasar en revista todos los pueblos de la antigüedad que han llegado a la conciencia histórica. Nos limitamos a dos ejemplos sobresalientes: los judíos y los griegos. Los judíos eran el pueblo elegido, conservador de la verdadera fe, al cual le era prohibido por ley divina a mezclarse con otros pueblos y razas, llamados en bloque gentiles. Los griegos, aunque vivían dispersos en ciudades, y no han llegado a formar un Estado nacional, se consideraban un pueblo aparte, de esencia superior a los demás. De un lado, eran ellos, los griegos, del otro, una masa informe de razas y pueblos, denominados colectivamente, bárbaros.

4. *Nacionalismo y Socialismo*

El socialismo está implicado en el nacionalismo, si por socialismo se entiende justicia social y no lucha de clase, que es un concepto de origen marxista y que representa una característica del comunismo. El nacionalismo no es la expresión de una clase ni de unos intereses particulares, sino que abarca la totalidad nacional. Para un nacionalista, las diferencias de clase social no pueden ser ignoradas, pero las considera como fenómenos secundarios, que tienen lugar en el interior de la nación y que deben ser permanente subordinados a sus finalidades y a sus ideales. Un nacionalista nunca arrancará la clase del contexto social para oponerle como arma de lucha contra la nación o incluso situarle por encima de la nación, como hacen los comunistas. Para evitar cualquier interpretación hostil a la nación, los hombres políticos que quieren utilizar el término «socialismo», en la denominación de su partido, deben añadirle una nota, un atributo, para indicar claramente que su socialismo se distingue del comunismo. Ellos pueden nombrar su socialismo anticomunista «socialismo nacional», o «socialismo cristiano», o mejor, «socialismo nacional-cristiano».

Hoy día, el vocablo socialismo está tan corrompido a causa del contacto prolongado con el comunismo, que es preferible no utilizarle de ninguna manera. En primer lugar, existen partidos socialistas que tienen una base doctrinaria co-

mún con el comunismo: el marxismo. Lo que le separa es solamente el método de conquista del poder. De otra parte, los comunistas mismos, en los países donde han llegado al poder continúan utilizando el término «socialismo», ampliando la confusión en el mundo libre. Las Repúblicas Soviéticas se llaman «repúblicas socialistas», y también los Estados satélites de Europa Oriental se llaman repúblicas socialistas. Los comunistas toleran todavía figurar el «socialismo» en su vocabulario tanto para los beneficios propagandísticos que pueden proporcionarle el terreno al extranjero, como para necesidades de política interior. El socialismo es la fase preparatoria en el proceso de comunistización de un país, que se manifiesta por la expropiación de los bienes de producción. El comunismo real, auténtico, representa la segunda fase, la fase final, en la cual el individuo pierde su personalidad, desapareciendo en una masa amorfa de esclavos, totalmente a la disposición del Estado.

En estas circunstancias, a causa de la corrupción intrínseca que ha sufrido el término «socialismo», su utilización como emblema político para los partidos de orden es contraproducente. El socialismo es contaminado hasta la médula por el comunismo, y así como una agua contaminada no se bebe, no debemos beber ni de la fuente del socialismo.

5. *Los enemigos del nacionalismo.*

No debemos dejarnos engañar por los que **com-**

baten el nacionalismo, al que consideran un fenómeno anacrónico, e incluso mórbido. Debemos identificar bien a los que patrocinan las campañas anti-nacionalistas, para ver si no son más interesados en la destrucción de otros pueblos, para afirmar, justamente, su propio nacionalismo. Enemigos del nacionalismo, por ejemplo, son y han sido, en todos los tiempos, los judíos. En cualquier país en donde ellos se asentan, constituyen una minoría hostil al Estado nacional, y luchan para su desintegración. Pero, los mismos judíos, cuando han creado su Estado nacional, han cambiado radicalmente de actitud. No solamente han olvidado sus principios pacifistas, humanitarios, cosmopolitas, que profesaban ampliamente cuando se encontraban en la diáspora, pero han empezado a manifestar con fanatismo su fe en Israel, en su Estado nacional, y, lejos de haber promovido la fraternidad y el buen entendimiento con otros pueblos, así como rezaban antes, se han convertido en perseguidores de los grupos étnicos co-habitantes. El nacionalismo hebreo ha tomado caracteres extremos, transformándose en intolerante, racista, e imperialista. Ellos que tanto combatieron a Hitler y sus teorías, y que no perdonan ni aún hoy día a los sobrevivientes políticos del Tercer Reich, han creado en Palestina un Estado sentado exactamente sobre el «Weltanschauung» hitlerista, sobre las ideas de «Blut und Boden».

Hay todavía otra categoría de individuos que se vuelven frenéticos cuando oyen hablar de na-

cionalismo al que combaten con todos sus medios. Son los comunistas. En su vasto imperio, que abarca Rusia y la Europa Oriental, cualquier movimiento de protesta contra la política de opresión y desnacionalización de los pueblos cautivos, es sofocado rápidamente en sangre, y los exponentes del nacionalismo son ejecutados, o internados en manicomios. Cualquier brote de nacionalismo es tachado de anacrónico —reminiscencia de la época burgueso-capitalista—, que no tiene ninguna razón de existencia en una sociedad socialista avanzada. Pero cuando se trata de los pueblos de Asia y de Africa, y, en general, de los pueblos que constituyen el tercer mundo, los mismos comunistas adoptan otro lenguaje. En estos sitios, y solamente en estos, ellos se alzan en campeones de la libertad de los pueblos, excitan al nacionalismo, y defienden el derecho de los pueblos de disponer de ellos mismos, contra los «imperialistas» y los «colonialistas».

Estas dos posturas son contradictorias sólo aparentemente. En realidad sirven para el mismo fin, que es la dominación mundial por los comunistas, y no representan más que dos momentos tácticos en la guerra que ellos llevan contra el mundo libre. En el imperio comunista se considera al nacionalismo como muy peligroso, porque representa una fuerza capaz de provocar la desintegración de la dominación ateo-marxista. Por el contrario, en el mundo libre, el nacionalismo, así como lo fomenta Rusia bolchevique, ayuda a la degradación de los imperios coloniales

y a la emancipación de los pueblos situados en la esfera de influencia de las naciones occidentales. ¿Pero, qué pasará después que estos pueblos se han despedido de la tutela occidental? ¿Quedarán ellos libres? De ninguna manera. Más tarde o más temprano tendrán la misma suerte que todos los pueblos cautivos del ámbito soviético. Serán atrapados por los comunistas, caerán bajo la tiranía sangrienta de éstos, y perderán de nuevo, esta vez para siempre, su independencia.

El nacionalismo es el signo distintivo de todos los pueblos. En el ejercicio de este principio nos encontramos todos, pequeños y grandes. La condición fundamental para su éxito es que debemos respetarlo para todos los pueblos. Lo que a nosotros nos dio vida y formó nuestra personalidad histórica, no lo podemos denegar para otras naciones.

6. *El nacionalismo frente al comunismo*

Hoy día el nacionalismo ha crecido mucho en importancia, y en eficacia batalladora. Lejos de haber desaparecido de la Historia, tal como profetizaban aquellos hipócritas interesados en desarrollar su propio nacionalismo, él ha tomado las proporciones de un movimiento ingente en todo el mundo. Veamos, si no, el gran movimiento que despierta a los pueblos de color. El nacionalismo africano y asiático está en plena ascensión. El nacionalismo árabe ha llegado al apogeo, y está a punto de transformar a este pueblo en una

fuerza considerable. En el imperio ruso-comunista, 200 millones de seres humanos, que representan decenas de naciones distintas, están frente a los 100 millones de rusos, y reclaman su derecho a una vida libre. En la Europa Occidental y en América del Norte, bajo el velo de una democracia formal, se observa una gran efervescencia nacionalista. Frente al peligro comunista, los pueblos ibero-luso-americanos aprietan sus filas alrededor de la bandera nacionalista.

Frente a frente se divisan dos trincheras: el universalismo nacionalista y cristiano, contra el cosmopolitismo ateo y marxista. La lucha final se dará entre estas dos fuerzas. La batalla de Armagedón será la que tendrá lugar entre el nacionalismo cristiano y el comunismo ateo. La victoria final será para las fuerzas del bien, ya que al lado de éstas intervendrá el Arcángel Miguel, frente a las huestes celestiales.

INDICE

	<i>Páginas</i>
Nota preliminar	9
I. FASCISMO Y NACIONALISMO	
1. Los vocablos en la lucha política.	13
2. Fascismo y antifascismo	18
3. La verdadera grandeza de Mus- solini	25
4. Los movimientos nacionales no son fascismos	30
5. El Estado totalitario creación marxista-leninista	43
6. El movimiento nacional no es partido único	47
7. El nacionalismo salvó a Europa.	53
8. Distinguir fascismo y naciona- lismo	57
II. EL PROCESO DE FORMACION DE LA NACION	
1. La Nación y la lógica del con- cepto	61

	<i>Páginas</i>
2. El material de base	64
3. La descarga espiritual	65
4. El destino histórico	70
5. La formación del pueblo español	74
6. El nacionalismo determinista y el nacionalismo visionario	76
III. LA NACION EN LA HISTORIA Y EN LA CULTURA	
1. La sociología ignora la Nación.	83
2. La Nación, protagonista de la Historia	85
3. La Nación en la Historia de la Cristiandad	87
4. La Nación y la Cultura	89
5. La Nación, una vocación del Hombre	90
IV. EL COMUNISMO CONTRA LA NACION	
1. El talón de Aquiles de la Nación.	97
2. El ataque al individuo	99
3. La enajenación de la clase obrera	105
4. El pecado de la clase pudiente.	107
5. Los intelectuales	109
6. Del regionalismo al separatismo.	110

	<i>Páginas</i>
7. Ruptura entre generaciones	113
8. Posición justa de la juventud ...	115
9. Alteración del Estado	120
10. La Democracia y su peligro ...	123
11. El Estado totalitario	127
12. La crisis total de la Nación ...	130

V. EL SENTIDO DEL NACIONALISMO

1. El nacionalismo unificador de la Patria	137
2. El nacionalismo y lo nacional ...	138
3. Las características del nacionalismo	140
4. Nacionalismo y Socialismo	144
5. Los enemigos del nacionalismo.	145
6. El nacionalismo frente al comunismo	148

COLECCION: TEMAS POLITICOS CONTEMPORANEOS